

Perdón . . . ¡Estamos en guerra!

Comedia en tres Actos

por

Sergio Vodanovic

A C T O I

CUADRO I

La posada de un pueblo en la montaña.

En primer plano, la calle. La puerta de la posada está indicada por una estructura. La parte visible de ella, es la sala principal que sirve, a la vez, de recepción y bar. En el foro, un vano tapado por cortinas arriba de las cuales hay un letrero en que se lee "comedores". A un costado del foro, escala que lleva a los dormitorios en el segundo piso. Paralelo a un lateral la barra del bar. Sillas y mesas se encuentran distribuidas en el área de la sala.

A simple vista, se advierte que el lugar no se encuentra en actividad. Antes de correrse el telón, se oye una marcha acompañada del sonido de vehículos pesados y el paso de tropas. La música y el sonido empiezan alto y van lentamente decreciendo.

Al abrirse el telón, vemos en la puerta de la posada mirando hacia la dirección por donde han ido tropas y vehículos a Antón, Víctor, Simón, Pablo y Alex. Todos ellos, con excepción de Alex, que es más joven, tienen una edad que fluctúa entre los 45 y 50 años. El mayor parece ser Antón, con su cabellera blanca y un aspecto de adusta sobriedad. Víctor es un individuo delgado, que viste desordenadamente y en cuyos rasgos se adivina el alcohólico incipiente. Simón, es un hombre grueso y ordinario que hace contraste con Pablo, que viste con elegancia y cuyas facciones son las de un hombre distinguido. Alex es el artesano del grupo y viste ropa de trabajo.

Por un momento el grupo observa en la dirección indicada sin pronunciar palabra, luego optan por entrar a la posada y se dirigen a una mesa donde una botella de vino en el centro y vasos frente a cada silla indican que allí estaban reunidos antes de que el paso de las tropas y vehículos despertaran su curiosidad.

SIMON: ¿Vieron los jamones?

ALEX: ¿Y qué me dicen de las latas de conservas?

PABLO: Yo alcancé a ver todo un cargamento de cigarrillos.

VICTOR: ¡Que me muera aquí mismo si esas cajas no contenían licores!

ANTON: Parece que piensan quedarse mucho tiempo.

SIMON: Lo que sé es que no se van a morir de hambre. En cambio nosotros... (*Suspira hondamente, ya todos han tomado asiento alrededor de la mesa*).

ANTON: La guerra es así.

VICTOR: ¡La guerra es así! Eso lo estoy escuchando hace tres años pero lo que yo me pregunto es por qué tendría que llegar la guerra a este pueblo. Aquí estamos en la montaña, no tenemos minerales, la gente que queda no está en edad de combatir... ¿Por qué tenían que invadirnos a nosotros, también?

PABLO: Lo que yo creo es que el comandante de estas tropas se ha pasado de listo. Encontró un lugar donde podría estar tranquilo, sin peligro; oyó hablar de las bondades de nuestro clima, de nuestras termas y se dijo: ¡Para allá me voy! Si no... ¿Por qué ha traído ese cargamento de alimentos, licores, cigarrillos?

ANTON: Sea como fuere, aquí estamos: invadidos y con las conexiones cortadas con el resto del país.

ALEX: Yo ya lo propuse. ¡Hagamos la resistencia! ¡Seamos héroes!

ANTON: Sobre eso estamos de acuerdo, Alex. Si los he citado a esta reunión es para saber cómo lo vamos a hacer.

VICTOR: ¡Decídelo tú! ¿No eres acaso el Alcalde?

ANTON: Sí, soy el Alcalde, pero ustedes forman el Concejo Municipal de este pueblo.

PABLO: Hace una hora que estamos reunidos y no se nos ocurre nada.

SIMON: Tal vez a Lina se le ocurra algo. Ella siempre tiene ideas, como es profesora... ¿Por qué no habrá venido?

ANTON: Sí, ella es profesora, tú Alex eres mecánico y tú, Simón, eres impresor; éste (*indicando a Victor*) es boticario y Pablo es el mayor contribuyente, pero no es eso lo que importa. Como Concejo Municipal, somos los encargados de hacer la resistencia.

VICTOR: ¿Por qué?

ALEX: Es lo que hay que hacer cuando se está en guerra.

VICTOR: ¿Y si no lo hacemos?

ANTON: El día de la victoria, los que se hayan quedado de brazos cruzados, serán considerados... ¡Traidores!

SIMON: ¡No será para tanto...!

ANTON: ¿Y saben ustedes qué se hace con los traidores? ¡Son fusilados!

VICTOR: Me estás haciendo desear que gane el enemigo, Antón.

ANTON: Nuestro destino, sólo puede ser el de traidores o el de héroes.

PABLO: Pero es que no contamos con nada para hacer la resistencia. No tenemos armas, estamos muriéndonos de hambre...

SIMON: (*interrumpiendo*) ¡Eso! ¡Nos estamos muriendo de hambre! Miren

- mi cinturón. Antes apenas me cruzaba, ayer iba en el quinto ojetillo; hoy en el sexto...
- ANTON: Pensemos, tenemos que encontrar una solución. *(Los cinco quedan un instante en silencio, pensativos).*
- VICTOR: ¡Yal! ¡Ya la tengo!
- ALEX: ¿Qué?
- VICTOR: Demos la orden a todo el pueblo de no confraternizar con el enemigo.
- PABLO: ¿Y eso... qué?
- VICTOR: Yo digo, solamente.
- ANTON: El enemigo ya se adelantó. Hay carteles pegados en todo el pueblo dando a las tropas la orden de no confraternizar con nosotros *(nuevamente el silencio pesado).*
- ALEX: ¿Y si hiciéramos estallar sus municiones? Para eso necesitamos sólo un fósforo... ¡Y sí que tenemos fósforos!
- SIMON: ¡Bravo!
- PABLO: Una idea brillante.
- VICTOR: Si no nos condecoran por eso...
- ANTON: ¿Pero sabes tú dónde almacenan las municiones?
- ALEX: Por supuesto. Ayer los vi. En la casa que le requisaron a Pablo.
- PABLO: ¿En mi casa?
- ALEX: Por cierto, yo vi cuando descargaban.
- PABLO: ¡Eso es! Vuelan las municiones y vuela también mi casa. Me opongo, señor Alcalde. Hago uso de mi derecho a veto. Artículo 23 del Reglamento de Sesiones.
- ALEX: ¡Vean ustedes adónde llega el patriotismo de los ricos! Son patriotas, mientras no les toquen sus propiedades.
- PABLO: ¡Como tú no arriesgas nada!
- ALEX: ¡Cómo que nada! Arriesgaría mi vida. Yo sería el que llevaría los fósforos.
- PABLOS *(despectivo)*. ¡Tu vida! ¿Pagas impuestos acaso por tu vida? En cambio yo, sí pago por mis propiedades. Por algo soy el principal contribuyente de esta región.
- ANTON: ¡Vamos! No hay tiempo para discutir. Tenemos que decidir luego qué vamos hacer.
- VICTOR: *(pesaroso)*. ¡Otra vez a pensar!
(Nuevamente se produce el silencio. Por la escala baja Sergio, treinta años, buenmozo, viste con descuidada elegancia, mira a los hombres pensativos y sonríe burlonamente. Advierte luego, la botella de vino y con inspectiva mirada se dirige a ella, la toma, la huele y la contempla).
- SERGIO: ¿Así es que quedaba vino, eh?
- ANTON: Encontré por casualidad esta botella.
- SERGIO: No dejará de convidarle a su único pensionista... *(Vacía lo que queda de la botella en un vaso y bebe).*
- ANTON: No están los tiempos como para tener pensionistas.

- SERGIO: (*maliciosamente llevándose la mano al bolsillo*). Hoy es viernes.
- ANTON: (*levantándose de la mesa y llevando a Sergio hasta donde los demás no lo oigan*). Le he dicho que no interrumpa las sesiones del Concejo Municipal.
- SERGIO: (*mostrando hacia el grupo*). ¿Pero es que eso es una sesión? No le dan mucho trabajo al Secretario de Actas.
- ANTON: Sea como fuere...
- SERGIO: (*interrumpiéndole*). Sea como fuere, hoy es viernes, día de pago. (*le extiende unos billetes a Antón. Este los recibe y los guarda apresuradamente*).
- ANTON: ¿Para qué sirve el dinero, ahora?
- SERGIO: Mi estimado, Antón, créame. El dinero siempre sirve. Es lo que más sirve. Sé lo que digo.
- ANTON: Hoy es sólo papel. No puedo comprar nada.
- SERGIO: Es cierto, pero llegará el tiempo en que todo el dinero que semanalmente le he estado entregando, recobrará su valor. Para entonces, Ud. será un hombre rico y yo, mucho me temo, que me convierta en el más pobre de los pobres. No creo que me acostumbre.
- ANTON: ¿No se siente incómodo, Sergio, quedándose aquí, cuando hombres de su edad están luchando en el campo de batalla?
- SERGIO: En absoluto. Desde chico, siempre tuve una marcada preferencia por la vida sobre la muerte. Además, recuerde que soy un pobre enfermo del pulmón.
- PABLO: (*que ha alcanzado a oír*). ¿Tú, enfermo Sergio? ¡Si estás más sano que todos nosotros!
- SERGIO: Eso es cierto, pero mucho más cierto es que tengo certificados de médicos militares que acreditan que mi tuberculosis está muy avanzada. Yo en tu lugar, Pablo, no dudaría de un certificado militar.
- ALEX: ¡Farsante!
- SERGIO: No interrompan la sesión por mí.
- ANTON: Cuando termine la guerra descubrirán que ha sido un impostor. Irá a los tribunales, será enjuiciado como traidor.
- SERGIO: (*indicando hacia arriba en la estantería del bar*). Ahí parece que hubiera una botella que no está vacía. (*Toma una escalerilla y trepa por ella mientras sigue hablando*). Es inconcebible oír hablar así al Alcalde de este pueblo. ¿Es que ignora que el clima de esta región tiene fama de ser muy saludable? ¿No se llenaba esta posada, en tiempos de paz, con enfermos que venían a recobrar su salud, con el aire, las termas...? Yo he llegado hasta esta posada tan aburrida a buscar curación de mis males, curación que se producirá justa y matemáticamente el día del armisticio. (*Toma la botella, la mira al trasluz y hace un gesto de decepción. La vuelve a colocar en su lugar y descende*). ¿Se imagina la propaganda que eso significará para este pueblo, para su posada? Tengo numerosos amigos, mi familia es larga, la voz se correrá y todos querrán conocer este prodigioso lugar. Yo soy una propaganda garantida para su posada, Antón. La necesitará,

- además. Recuerde que cuando llegue la paz habrán elecciones y que es muy dudoso de que sea reelegido Alcalde.
- ANTON: ¿Por qué dice eso?
- SERGIO: A nadie le gusta un Alcalde que tiene una sobrina de dudosa reputación.
- ANTON: ¿Ha oído decir algo?
- SERGIO: No es necesario oírlo, se huele en el aire.
- ANTON: ¡Maldita chiquilla!
- SERGIO: No diga eso. Es muy atractiva.
- ANTON: ¿Qué culpa tengo yo de lo que ella hizo?
- SERGIO: Yo que Ud. trataría de deshacerme de ella.
- ANTON: ¿Cómo?
- SERGIO: En cuanto termine la guerra, envíela a la capital. Yo podría encargarme de acompañarla.
- (Desde la calle entra Elba. 18 años. Viste con sencillez).
- ANTON: ¿Dónde andabas?
- ELBA: En el campo.
- ANTON: ¿Volviste a ir a aquel galpón?
- ELBA: Sí.
- ANTON: ¿No comprendes que Mauricio ha muerto? ¿Qué necesidad tienes de volver a ese lugar?
- ELBA: Precisamente por eso. Porque Mauricio murió.
- ANTON: La gente te ve ir hacia allá y recuerda toda aquella historia... No haces nada para que la olviden, Elba.
- ELBA: Yo no quiero olvidarla.
- ANTON: Has descuidado tus quehaceres. Todos esos vasos no están en su lugar.
- ELBA: (yendo detrás del mostrador). ¿Y qué importa? No van a llegar nuevos clientes, supongo.
- ANTON: (sentándose nuevamente entre el grupo). ¿Y? ¿Se les ha ocurrido algo?
- SIMON: ¡No puedo pensar! Me persigué el recuerdo de esos jamones.
- VICTOR: ¡Si hubiera algo de vino! Las únicas ideas brillantes que he tenido en mi vida han sido cuando estaba borracho.
- PABLO: ¡Un cigarrillo! ¡Mi vida por un cigarrillo!
- ALEX: Yo estoy dispuesto a hacer lo que fuera, pero no me pidan que diga qué. Soy obrero, no tengo instrucción, en cambio ustedes...
- ANTON: No nos quejemos. Prometimos no irnos de aquí sin un plan. Hay que encontrarlo.
- (Nuevamente los cinco caen en la misma actitud pensativa. Sergio se acerca a Elba y le pasa algunos vasos).
- SERGIO: ¿Te ayudo?
- (Al acercarse Elba a recibir nuevos vasos, Sergio la toma de los brazos y la atrae hacia sí tratando de besarla. Elba lo rechaza violentamente, empujándolo).
- SERGIO: ¡Eso es! Cualquiera creería que eres una niñita inocente.

ELBA: ¡No soy una niñita inocente! Eso es lo que importa ¿verdad? ¿Por eso fue que en cuanto Mauricio partió a la guerra, las mujeres murmuraron, mis amigas se apartaron, mi tío se lamentó de su reputación perdida y los hombres... ¡los hombres! Se acercaron a mí con los brazos tendidos y los ojos brillantes. ¡Hurra! ¡Yo ya no era una inocente niñita! ¡Cualquiera podía acostarse con Elba!... Pero... ¿Qué idea tienen Uds. del amor?

SERGIO: Yo tengo la mejor idea, por eso es que quiero hacerlo contigo.

ELBA: Yo amaba a Mauricio... ¿No pueden entender eso?

SERGIO: Yo te podría enseñar lo que es el amor. Tú no sabes nada, todavía... *(Sergio ha dicho lo anterior mirando hacia las botellas vacías del mostrador del bar. De pronto parece descubrir una que parece estar llena).* ¡Esa! En esa parece que quedara algo. ¿Quieres verla, Elba? *(Elba sube por la escalerilla, Sergio se coloca a los pies de ella, con cuidado levanta la falda de Elba y mira con picardía).*

ELBA: ¿Esta?

SERGIO: No. La de más allá.

(Elba se inclina a buscar una botella más distante. Pablo ha sorprendido la escena y llama la atención silenciosamente a sus compañeros. Todos miran y prorrumpen en carcajadas. Elba se vuelve y al darse cuenta de la situación, empuja a Sergio mientras baja rápidamente por la escalerilla. Del grupo se oyen frases como ¿Qué tal el paisaje, Sergio? ¡Bien merecido lo tienes! ¿De qué color son los calzones? ¡Si no usa!, etc.).

ELBA: *(Bajando rápidamente la escalerilla).* ¡Bestias! ¡Eso es lo que son Uds.! ¡Bestias!

(Mutis rápido de Elba por la escala).

ANTON: Esto no está bien. Es mi sobrina.

ALEX: ¡Yo que tú no estarías muy orgulloso de tu sobrinita!

PABLO: A mí me gustaría tener una sobrina así.

ANTON: Concentrémonos en lo nuestro.

ALEX: Yo ya estoy cansado de pensar. Lo único que se puede hacer es pelear como hombres. ¡Que venga el enemigo y tendrá su merecido! *(Dos sargentos del ejército invasor entran con cierta timidez. Alex no los ve y sigue hablando, los demás con tosecitas y tirones a la ropa tratan de advertir a Alex).* ¿No somos hombres acaso? Mostrémosles que en este pueblo hay valientes. ¿No lo son ustedes, acaso? ¡Coraje, eso es lo que hace falta! ¿Quiénes son los valientes? ¿Quiénes son...? *(Advierte de pronto la presencia de los dos sargentos. Lentamente levanta las manos y espantado, queda esperando el momento de su ejecución).*

SARGENTO PRIMERO: Esto parece que fuera el lugar que buscamos, Sargento. Hay borrachos.

SARGENTO SEGUNDO: Así es. Hemos llegado a puerto, al fin.

SARGENTO PRIMERO: *(Advirtiéndolo la presencia de Sergio tras el mostrador).*

¡Eh, tú! Ven a atendernos.

SERGIO: (*Digno*). ¿Yo?

SARGENTO SEGUNDO: Sí. Tú. ¡Y rápido!

(*De malas ganas Sergio se acerca y adopta un aire profesional*).

SERGIO: ¿Qué se sirven los caballeros?

SARGENTO PRIMERO: ¡Nosotros no somos caballeros!

SERGIO: ¿No?

SARGENTO PRIMERO: (*Mostrando las jinetas*). ¿No sabes distinguir?

SERGIO: No.

SARGENTO SEGUNDO: ¿No?

SERGIO: Si supiera estaría en la guerra. Y ya lo ven . . . Aquí estoy.

SARGENTO PRIMERO: Somos sargentos.

SERGIO: ¿Qué se sirven los sargentos?

SARGENTO SEGUNDO: Queremos una bebida típica.

SARGENTO PRIMERO: Porque de las otras . . . estamos hasta aquí.

SERGIO: ¿Típica?

SARGENTO SEGUNDO: Sí. Lo que se bebe más en este lugar.

SERGIO: Me temo que no le va a gustar a los caballe . . . quiero decir, sargentos.

SARGENTO PRIMERO: ¿No conoces, acaso, la expresión "beber como un sargento"?

SERGIO: Pero . . .

SARGENTO PRIMERO: ¡Hemos venido a beber, no a conversar!

SARGENTO SEGUNDO: ¡A servirnos rápido lo que sea!

(*Sergio hace mutis rápido hacia el comedor. Mientras tanto Alex se ha unido a su grupo que en forma ostensible le da las espaldas a los sargentos*).

SARGENTO PRIMERO: Este pueblo es muy aburrido.

SARGENTO SEGUNDO: Igual que todos los que hemos invadido.

SARGENTO PRIMERO: Yo no entiendo esta guerra.

SARGENTO SEGUNDO: Esta guerra es una porquería.

SARGENTO PRIMERO: No hemos disparado un tiro en tres años.

SARGENTO SEGUNDO: Pero hemos comido lo que nunca hubiéramos comido en nuestras casas.

SARGENTO PRIMERO: ¿Por qué las guerras no serán como antes?

SARGENTO SEGUNDO: Es que ahora hay armas nuevas.

SARGENTO PRIMERO: Tenemos la atómica.

SARGENTO SEGUNDO: Ellos también.

SARGENTO PRIMERO: Tenemos la de hidrógeno.

SARGENTO SEGUNDO: Ellos también.

SARGENTO PRIMERO: Tenemos la protónica.

SARGENTO SEGUNDO: Ellos también.

SARGENTO PRIMERO: ¿Y para qué nos declaramos la guerra, entonces, si no podíamos usar ninguna arma?

SARGENTO SEGUNDO: Los psicólogos la recomendaron.

(*Entra Sergio con dos vasos que los coloca frente a los dos sargentos*).

SARGENTO PRIMERO: (*Inspeccionando el contenido del vaso*). ¿La bebida típica?

SERGIO: La más popular del pueblo.

SARGENTO SEGUNDO: ¿Hay que beberla a sorbos?

SERGIO: Como a Uds. les parezca mejor.

(*Los dos sargentos cogen los vasos, brindan mimicamente y se beben de un trago el contenido. Sus rostros muestran primero extrañeza y luego furia hacia Sergio*).

SERGIO: (*Rápidamente*). Uds. no me dejaron explicarles. Esto es lo único que se bebe en el pueblo. Tiene fama por ella. Es buena para el corazón, riñón y estómago. En tiempo de paz, venían centenares de turistas exclusivamente para beberla.

SARGENTO PRIMERO: ¡Pero si es agua!

SERGIO: La mejor agua mineral de la comarca. Premio en dieciséis exposiciones internacionales.

SARGENTO SEGUNDO: ¿Me vas a decir que no hay una gota de licor en esta posada?

SERGIO: Si la hubiera ya la habría descubierto yo.

SARGENTO PRIMERO: ¡Qué guerra ésta! En otros tiempos, los invasores asaltaban las bodegas, violaban a las mujeres y... (*queda un momento pensativo, para cambiar rápidamente a un tono amigable*). Oiga, amigo.

SERGIO: ¿Sí?

SARGENTO PRIMERO: Acá... en el pueblo... habrá una casa... de esas...

SERGIO: No, señor.

SARGENTO SEGUNDO: ¿Pero qué clase de pueblo es éste?

SERGIO: Muy aburrido.

SARGENTO PRIMERO: ¿Y tampoco hay un teatro de esos... con coristas... donde las niñas se sacan la ropa cantando...

SERGIO: ¿Cómo dijo?

SARGENTO SEGUNDO: ¡Un teatro de variedades, hombre!

SERGIO: ¡Qué buena idea!

SARGENTO PRIMERO: Pero... ¿Hay o no hay?

SERGIO: Está cerrado... Usted sabe... la guerra...

SARGENTO SEGUNDO: ¿Así que en este pueblo lo único que puede hacerse es sanar del corazón, riñón y estómago, bebiendo agua mineral?

SARGENTO PRIMERO: ¿Y si uno está perfectamente bien?

SERGIO: Sólo queda esperar que la próxima invasión sea mejor.

SARGENTO SEGUNDO: (*Iniciando el mutis*). Esto va a ser muy aburrido, Sargento.

SARGENTO PRIMERO: (*Igual*). ¡Así está la guerra hoy día, Sargento! Ya no van quedando diversiones sanas para hombres fuertes como nosotros. (*Al salir a la calle tropiezan con Lina —una solterona— que se dirige apresuradamente a la posada*).

LINA: ¡No me ultrajen! ¡En la calle, no!

(*Los dos sargentos se miran extrañados y prosiguen su camino para el mutis por un lateral*).

- SARGENTO SEGUNDO: Tiene razón. Aquí no hay diversiones sanas.
- LINA: (*Entrando a la posada excitadísima y encontrándose con Sergio que se ha retirado de detrás del comedor*). ¡Me han respetado! ¡Aún hay esperanzas para las mujeres de este pueblo! En sus ojos brillaba el deseo, en sus labios había una sonrisa lúbrica... pero les supliqué y se reprimieron. ¡Tenemos esperanzas, Sergio! Nuestros enemigos son unos caballeros. (*Sergio niega maliciosamente con la cabeza*). ¿No?
- SERGIO: Caballeros, no; sargentos.
- LINA: (*Dirigiéndose al grupo*). Perdonen que llegue atrasada, pero era mi obligación visitar a las mujeres del pueblo y darles la voz de alerta.
- SIMON: ¿Alerta? ¿De qué?
- LINA: Usted Simón, será el editor de la única hoja de informaciones que tenemos e imprimirá miles de tonterías, pero se ve que jamás ha leído historia.
- SIMON: ¿Y qué tiene que ver la historia? No porque sea profesora...
- LINA: Yo le voy a hacer una clase extra ahora mismo. La historia dice que cuando un ejército invade a un pueblo, lo primero que hace es ultrajar a las mujeres.
- VICTOR: Lo que es la mía está bien a salvo. Me gustaría que llegaran algunos soldados a la botica. ¡Ahí sabrían lo que es la guerra!
- LINA: ¡Si Uds. supieran lo que he tenido que soportar!
- SIMON: ¿Qué?
- LINA: ¡Esas miradas! ¡Cómo miraban esos hombres!
- ALEX: No se haga ilusiones, Lina.
- LINA: ¿Ilusiones? Se nota que a Ud. nunca le han desnudado de una sola mirada.
- PABLO: Se está haciendo tarde.
- LINA: ¿A qué acuerdo llegaron? ¿Cuáles son las instrucciones para hacer el sabotaje?
- ANTON: No hay instrucciones. No tenemos ningún medio para hacer la resistencia. Esa es la triste verdad.
- LINA: Si no podemos hacerles daño... como dijera... "físicamente". ¿No podríamos minar su moral? Esa también es una forma de hacer la resistencia.
- VICTOR: Pero... ¿Cómo? (*Sergio se ríe*).
- ALEX: No permito que ese petimetre se ría de nosotros.
- SERGIO: ¿Le permitirían a este modesto petimetre colaborar con el Concejo Municipal?
- PABLO: ¡Vas a salir con otra de tus pachotadas!
- SERGIO: Creo que tengo la solución para el problema que enfrentan. Es tan sencillo.
- SIMON: ¿Qué es tan sencillo?
- SERGIO: Veamos. ¿Qué es lo que les preocupa? Cómo hacer la resistencia al enemigo ¿verdad? ¿Tienen armas?... ¡No! ¿Pueden destruir las armas de los otros?... Tampoco. ¿En qué forma podemos ser útil, entonces?

Logrando conocer algunos de sus planes y poder hacerlos llegar hasta nuestro Comando. Esto es, hacer una labor de espionaje.

ANTON: Recuerden que tienen instrucciones de no tener contacto con nosotros.

SERGIO: Pero ya vieron que dos sargentos hablaron conmigo. Buscaban algo especial, una bebida típica. Como sólo tenemos agua mineral se decepcionaron y no volverán.

PABLO: ¿No ves?

SERGIO: ¿Pero si hubiéramos tenido la bebida típica?

VICTOR: Lo cierto es que no la tenemos.

SIMON: No tenemos nada con qué tentarlos.

SERGIO: Se equivoca, Simón. Hay algo que nosotros tenemos y que ellos no tienen. Algo indispensable, vital, que hace que el mundo entero se mueva... y mucho mejor que el agua mineral.

LINA: ¿Vas a terminar de una vez con esa adivinanza?

SERGIO: Me extraña que Ud. no haya comprendido todavía, Lina. Ud. lo insinuó hace poco.

LINA: ¿Yo?

SERGIO: ¿No dije que los soldados la habían mirado provocativamente?

LINA: Sí.

SERGIO: ¿Qué no daría cualquier oficial, en tiempo de guerra, por una noche de amor?

LINA: ¡Pero usted está loco!

SERGIO: Le daría a su amada todo lo que tiene y después de los momentos de pasión, seguramente que principiaría a hacerle confidencias.

LINA: ¿Pero Ud. insinúa que yo...?

SERGIO: No. No he insinuado que Ud. Sólo he dicho que si hay algo por lo que el enemigo daría cualquier cosa, es por estar con una mujer, ellos no tienen mujeres, nosotros sí. Es nuestra única ventaja sobre ellos.

SIMON: A mí siempre me pareció una torpeza...

ALEX: ¿Qué?

SIMON: ¡Que Antón clausurara el prostíbulo! (*Un suspiro*). ¡Hace dos años ya!

LINA: ¡La moralidad del pueblo lo exigía!

SIMON: Sin embargo, si ahora estuviera...

PABLO: Sí. Fue una medida precipitada.

VICTOR: Total. No hacían mal a nadie.

ANTON: ¿Pero cómo? ¿Ahora me reprochan haber clausurado esa casa? Fue una decisión unánime.

SIMON: Pusiste tanto empeño...

VICTOR: Yo voté sólo por apoyarte.

PABLO: Un gran error político. Ahora estamos pagando sus consecuencias. Que se recuerde cuando haya elecciones.

SIMON: ¡Y pensar que hasta habría alguno que pagaría con un jamón!

SERGIO: No hay que desesperarse. Una mujer, siempre es una mujer.

LINA: ¿Qué quieres decir con eso?

SERGIO: ¿Qué les parecería si convirtiéramos esta posada en un cabaret?

ANTON: ¡Está loco!

SERGIO: No pienso en nada espectacular. Un poco de música y una chica bonita, ligera de ropas, que bailara y cantara. ¡Ya verían cómo se llenaría esto con la oficialidad enemiga!

ALEX: ¿Y de dónde sacaríamos a la chica?

SERGIO: Antón sería el héroe de la jornada. Pondría el local y también a la artista.

ANTON: ¿Elba?

PABLO: Hasta yo vendría a verla.

SIMON: No es mala idea ¿sabes?

ANTON: Como broma, me parece suficiente.

VICTOR: Hasta ahora el único que ha indicado una forma de hacer la resistencia es Sergio. Si tú no quieres colaborar...

ANTON: Es una idea descabellada.

VICTOR: ¿Y quién te dice que a Elba no le gusta la idea? Después de todo...

ANTON: Me opongo. Está de por medio mi reputación.

PABLO: Si es eso lo que te preocupa, podemos hablar claro, Antón. Tu reputación, en este momento, no es de las mejores.

ANTON: ¿Cómo puedes decir eso, Pablo? ¿Qué he hecho yo?

PABLO: Tú, nada, pero Elba sí. Todos saben cómo el primer día de guerra Elba corrió a esa cabaña a revolcarse con Mauricio. Puedes darte con una piedra en el pecho de que no quedó con un crío.

ANTON: ¿Y qué tengo que ver yo...?

PABLO: Un Alcalde debe cuidar su buen nombre. El suyo y el de su familia.

ANTON: Menos me querrian, si Elba se pusiera a bailar para las tropas.

PABLO: Ahí te equivocas. Lo que ella haría sería altamente patriótico. Tendría una finalidad. Minar la resistencia moral, y hacer espionaje. Se convertiría de una muchacha indeseable en una heroína y... ¿Quién no aceptaría como Alcalde vitalicio al tío de la heroína de la resistencia?

ANTON: ¿Vitalicio?

PABLO: Sí, Alcalde hasta que te murieras, viejo.

ANTON: (*Después de un momento de duda*). Elba no querrá.

PABLO: La convencerás, Antón.

ANTON: No. Yo no. Es una chica rebelde. Uds. ya lo vieron...

LINA: Mañana se reúnen las señoras en el comité de ayuda social.

ALEX: Sí. ¿Y qué hay con eso?

LINA: Entre mujeres todo podría ser más fácil.

VICTOR: Eso es.

SIMON: No parece una mala idea...

LINA: Ellas podrían ayudarle. Podrían coserle el vestuario...

VICTOR: Yo tengo unas revistas de donde podrían sacar algunos modelitos.

PABLO: (*Mirando su reloj*). ¡Diablos! ¡Ya es la hora de queda!

ALEX: ¡Pronto se acabará la hora de queda! Van a ver cómo caerán en nuestra trampa.

LINA: Haremos sabotaje.

(Lina, Víctor, Alex y Pablo, hacen mutis despidiéndose con un gesto de Antón y Sergio y tarareando el himno nacional. Antón queda pensativo).

SERGIO: ¿En qué piensa, Antón?

ANTON: No me gusta su idea, Sergio. No me gusta nada.

SERGIO: ¿No le agrada ser el tío de Juana de Arco?

ANTON: ¿Por qué dice eso?

SERGIO: También todo un pueblo puso sus esperanzas en Juana de Arco. Igual que en Elba.

ANTON: Al final la quemaron ¿no?

SERGIO: No se aflija, Antón. El tío no fue a la hoguera. Recibió su premio, en cambio.

ANTON: ¿Eso dice la historia?

SERGIO: Lo dirá, Antón... Lo dirá...

TELON.

CUADRO II

La posada. A la mañana siguiente. Sentadas frente a una mesa están Natalia, Hilda, Sofía y Matilde. Sobre la mesa revistas, géneros de vivos colores, material de costura, etc. La edad de estas mujeres oscila entre los 30 y 40 años. La mayor es Natalia, magra y morena; le sigue Hilda, rubia y entrada en carnes. Sofía es una mujer más distinguida y rasgos más finos que contrasta con Matilde, pequeña y tosca. Las cuatro están, de cabeza, mirando una revista con fotografías de modelos y coristas.

NATALIA: Miren, miren ésta.

SOFIA: ¡Qué escándalo!

MATILDE: ¿Cómo se pueden prestar a fotografías así?

HILDA: En las ciudades hay tanto vicio. Si vieran ustedes lo que yo vi, cuando fui a la capital con Simón.

NATALIA: ¿Qué?

(Hilda se acerca a Natalia y le habla al oído mientras gesticula con las manos).

NATALIA: ¡Nooo!

(Natalia se acerca a Matilde y Sofía y les habla despacio mientras gesticula. Su narración es más larga que la de Hilda y sus gestos más aparatosos).

SOFIA: Nunca oí nada parecido.

HILDA: ¿Pero de dónde sacaste estas revistas, Natalia?

NATALIA: Víctor las tenía guardadas. Cuando me explicó lo que teníamos

- que hacer esta mañana me las entregó y me dijo que de aquí podríamos sacar alguna idea para el vestuario de Elba.
- MATILDE: Si nos atenemos a esos modelos, nos va a sobrar género.
- HILDA: ¿Pero cómo es que le permites a Víctor tener esas revistas? Si yo le sorprendiera una cosa parecida a Simón . . .
- NATALIA: Te equivocas, Hilda. A veces me han servido bastante. (*Risitas de las cuatro*).
- SOFIA: Lo importante ahora es saber si lograremos convencer a Elba.
- MATILDE: ¿Convencerla? No va haber necesidad. Le gustará la idea.
- HILDA: ¿Y que más puede querer? Sirve de espía, se convierte poco menos que en un héroe y se divierte como a ella le gusta.
- NATALIA: Lo más importante de este asunto, es que vamos a poder comer. A mí ya no me queda nada en la despensa. Figúrense que ayer, sorprendí a Víctor, en la botica, engullendo una caja completa de píldoras para el hígado.
- SOFIA: Al menos, tu marido tendrá el hígado perfecto.
- HILDA: ¿Y qué se saca teniendo bueno el hígado, si no hay con qué echarse a perder?
- MATILDE: ¿Qué les parece como va quedando?
- NATALIA: ¿Qué es eso?
- HILDA: Un bikini.
- SOFIA: Le podríamos coser esta cola de lentejuelas. Las lentejuelas se usan mucho en los teatros frívolos.
- MATILDE: ¿Y qué hago ahora con estas estrellas que me hicieron cortar?
- HILDA: (*Tomando una de las estrellas y colocándoselas en el pecho*). Esto se usa aquí.
- MATILDE: Pero se caen. ¿Cómo se sujetan?
- SERGIO: (*Bajando por la escala*). ¿Me permiten asesorarlas? (*Se acerca al grupo y toma la estrella de género*).
- Esto debe llevar un poco de goma por dentro.
- SOFIA: ¿Goma?
- SERGIO: Eso es.
- SOFIA: Pero es muy poco seguro. Se puede caer.
- SERGIO: Sería todo un éxito.
- NATALIA: Todo tiene su límite, Sergio. Recuerde que estamos haciendo la resistencia.
- SERGIO: Confiamos, entonces, que la estrella también resista. (*Entra Elba y se dirige detrás del mostrador, el que limpia con un paño*).
- HILDA: ¡Por fin, apareció, Elba!
- SOFIA: ¡Buenos días, Elba!
- ELBA: (*seca*) ¡Buenos días, señora Sofía!
- NATALIA/MATILDE/HILDA: (*Al unísono y con la mejor de las sonrisas*). ¡Buenos días, Elba!
- ELBA: ¿Qué ocurre?

NATALIA: Nada. Te decimos buenos días.

ELBA: Buenos días.

MATILDE: (*Acercándose a Elba*). Ya sabemos que durante mucho tiempo hemos sido muy mal educadas contigo. Nos reunimos todas las semanas aquí y ni siquiera te saludábamos. Pero las cosas han cambiado.

ELBA: ¿Qué cosas?

MATILDE: La guerra. Tenemos que estar unidos ahora. ¿No te parece?

ELBA: No sé, no sé por qué la guerra ha de cambiar las cosas...

HILDA: La Patria está en peligro.

NATALIA: Tenemos que vencer al enemigo.

ELBA: ¿Vencerlo? ¿Nosotros? ¿Y cómo lo vamos a hacer?

SOFIA: Si tú pudieras hacer algo para contribuir a la victoria, lo harías. ¿No es cierto?

ELBA: Bueno... supongo que sí.

MATILDE: No hay más que hablar. Ya lo han oído. Elba es una patriota.

HILDA: Ven Elba, acércate.

(*Elba se acerca con timidez*).

NATALIA: Nunca te había mirado detenidamente. Eres una mujer verdaderamente hermosa.

SOFIA: Será necesario tomarle las medidas. Puede que la ropa no le quede bien.

ELBA: ¿Qué ropa?

(*Matilde y Natalia se acercan a Elba provistas de sendos centímetros y principian, sin más, a medirla, mientras Sofía anota*).

MATILDE: Busto: 94 centímetros.

NATALIA: Tirantes: 35 centímetros.

MATILDE: Cintura: 60 centímetros.

NATALIA: Caderas: 90 centímetros.

(*Hilda prende a Elba con sendos alfileres la cola de lentejuelas y la estrella, mientras sujeta a su cintura un trapo rojo. Luego se alejan las tres mujeres un poco para mirar su obra*).

MATILDE: No está mal.

HILDA: ¿Cómo que "no está mal"? ¡Está perfecto!

NATALIA: ¡Se verá preciosa!

SOFIA: Las estrellas tendrán que ser más grandes.

ELBA: ¿Pero qué significa todo esto?

(*Mira a las mujeres. Luego a Sergio que se ha mantenido distante*).

SERGIO: Tu armadura, Juana de Arco.

SOFIA: Te voy a explicar. No cabe duda que eres la mujer más linda de este pueblo, además eres de toda confianza. Se te va a encomendar una misión. Una misión muy importante. La posada se va a convertir en algo así como... como un cabaret.

ELBA: ¿Un cabaret? ¿Lo sabe mi tío Antón?

NATALIA: ¡Por supuesto! El está completamente de acuerdo.

ELBA: ¿Y estos trapos?

HILDA: Un cabaret tiene que tener sus atracciones.

MATILDE: Hay que tirarle una carnada al enemigo para que pique.

SOFIA: Tú serás la gran atracción. Bailarás, cantarás y seguramente, te convidarán a beber con ellos.

ELBA: ¿Y qué van a beber? Aquí sólo hay agua mineral.

HILDA: Ellos traerán la bebida y la comida. Harán cualquier cosa por ver a una chica bonita ligera de ropas.

ELBA: No sólo a ver, a pellizcar, a intentar. . .

SOFIA: Sí, pero tú dijiste que harías cualquier cosa por ayudar a la victoria.

ELBA: ¡Cualquier cosa, no!

NATALIA: ¡Lo dijiste!

ELBA: Esto es indigno.

MATILDE: Estamos en guerra.

ELBA: No por eso deja de ser menos indigno.

HILDA: ¡La Patria te lo pide!

ELBA: ¿La Patria? ¿Uds. son la Patria? ¡Me dan asco!

(*Se arranca los trapos con rabia y se los tira a las mujeres*). ¡Tomen!
(*Entra Lina desde el exterior*).

LINA: ¡Elba!

ELBA: ¿Sabe Ud. señorita Lina, lo que me están proponiendo estas respetables señoras?

LINA: Sí. Lo sé. Lo aprobamos ayer en la sesión del Concejo Municipal. Tu tío está de acuerdo, también.

ELBA: ¡Pero yo, no!

LINA: Elba, soy tu profesora. He sido como una madre para ti.

ELBA: Y eso, ¿qué. . .?

LINA: Pues como una madre te digo que es necesario que lo hagas. Todo depende de ti. Se trata de hacer el espionaje. Hay cosas que en momentos normales pueden parecer indecentes, pero, en tiempo de guerra, es diferente. No puede ser inmoral defender a los tuyos, a tu comunidad, a tu Patria. Te lo digo sinceramente, como si fuera tu propia madre. ¿Qué me dices?

ELBA: ¡Yo no me prostituyo. . . mamá!

(*Con paso decidido hace mutis por la puerta del foro de los comedores*).

MATILDE: ¿Y ahora qué. . .?

HILDA: (*Dirigiéndose a Sergio*). ¿Qué otra idea brillante tiene para ofrecernos?

SERGIO: La misma.

SOFIA: ¿Pero no ha oído lo que ha dicho Elba?

SERGIO: Es sólo el fruto de la inexperiencia.

NATALIA: Sea como fuere, nos quedamos sin cabaret y con todos estos trapos cortados.

SERGIO: Estoy seguro que una mujer más inteligente, reaccionaría de otro modo.

SOFIA: ¡Por supuesto!

SERGIO: Si no contamos con Elba, tal vez podríamos pensar en un teatro de variedades.

LINA: ¿Qué es lo que está diciendo?

SERGIO: Ayer, en plena sesión Municipal, entraron dos sargentos enemigos en la posada.

MATILDE: Me lo contó Alex. ¡Menudo susto se llevaron!

SERGIO: ¿Sabe lo que me preguntaron? Si yo sabía la dirección de alguna casa de "niñas".

LINA: (Con profundo asco). ¡Ah, los hombres!

SERGIO: Como les dijera que no había ninguna casa de ésas en el pueblo, me preguntaron por un teatro de variedades... Yo les contesté que estaba provisoriamente cerrado.

HILDA: Pero si nunca ha habido ninguno.

SERGIO: Cierto. Pero podríamos convertir esta posada en un teatro. (Dirigiéndose hacia la puerta de los comedores). Este es el sitio ideal para poner el escenario. Bastaría hacer una tarima.

NATALIA: Pero... ¿Qué se obtendría con eso?

SERGIO: ¿No se dan cuenta? Como el dinero no vale nada ahora, las entradas se pagarían con salchichas, tabaco, tarros de conservas, licores...

SOFIA: No sigas, Sergio...

SERGIO: Día a día habría aquí un público desbordante. Al poco tiempo, tendríamos de todo y estaríamos al tanto del movimiento del enemigo. Transmitiríamos las noticias a nuestro comando. Nos convertiríamos en héroes y, miel sobre hojuelas, viviríamos a cuerpo de rey.

LINA: Se le olvida un pequeño detalle, Sergio. En este pueblo no hay ni ha habido nunca un teatro de variedades.

SERGIO: Durante tres años, viví en los camarines de un teatro de esa clase. Estaba enamorado de un cuerpo de baile completo. Me ofrezco para dirigir la compañía.

NATALIA: ¿Y Ud. va a salir a bailar en paños menores?

SERGIO: No. Ustedes.

MATILDE: ¿Nosotras?

SOFIA: ¿Está loco?

HILDA: ¿Cree usted que yo...?

LINA: Mire, joven, no le voy a permitir que continúe insultando el honor de las mujeres de este...

SERGIO: (Interrumpiendo). ¡Un momento, señorita Lina! ¿Qué le dijo recién a Elba? ¿Eran sinceras sus palabras o, simplemente, trataba de engañar a la muchacha?

LINA: Por cierto que se lo dije con toda sinceridad.

SERGIO: Bien. Lo que ahora propongo es mucho más inocente. Se trata de una representación teatral, artística, digamos. No habrá "intimidación". Entre las artistas y el público habrá distancia. Nos está prohibido confraternizar, a ellos también.

NATALIA: Entonces. ¿Cómo conoceremos los secretos militares? ¿Por telepatía?

SERGIO: ¿Quién puede impedir que un admirador visite a una artista en su camarín? Ese es el momento en que Uds. realizarán la labor de espionaje.

SOFIA: Pero usted pretende que nos expongamos semidesnudas. . .

SERGIO: Hay una sola razón que les impediría cumplir con esa labor patriótica, en los momentos en que el invasor amenaza la existencia misma de nuestro país.

MATILDE: ¿Cuál?

SERGIO: Que Uds. no sean aptas para esta delicada misión. Que no tengan ni la belleza, ni la gracia para exhibirse ligeras de ropas en un escenario. Si esa es la razón —y solamente eso podría justificar el egoísmo de Uds.— yo no insisto.

SOFIA: Por mi parte, me gustaría demostrarle que no es ésa la razón.

MATILDE: ¡Pregúntele a Alex si no valgo más que todas esas mujeres que se fotografían en las revistas!

HILDA: Después de todo, yo podría cantar. Mis amigas dicen que no lo hago tan mal.

NATALIA: Lo que es por mí, no tendría ninguna dificultad en aceptar, pero Víctor. ¡Es tan celoso!

SOFIA: Si me atreviera a proponérselo a Pablo, me mataría.

HILDA: ¡Y qué decir de Simón!

LINA: Uds. al menos tienen marido, pero, ¿qué sucedería con una muchacha soltera como yo? ¿Habría alguien que quisiera casarse conmigo, cuando termine la guerra?

SERGIO: Cualquiera se sentiría honrado de contraer matrimonio con una mujer que luce en su pecho. . . ¡La Legión de Honor!

MATILDE: ¿La Legión de Honor?

LINA: ¿Cree Ud. que nos la darán?

SERGIO: ¿Y qué otra cosa podrían hacer? Y eso sólo para comenzar.

SOFIA: De acuerdo a los reglamentos de la condecoración, alguien tendría que solicitarla para nosotros. ¿Quién podría hacerlo en este pueblo tan inculto?

SERGIO: Yo lo haré. Vean. Llegaremos a la capital. La audiencia estará fijada en el Gran Auditorium. Uds. formarían en el escenario.

(Hilda, Natalia, Sofía y Matilde se ponen en fila frente al público. Después de dudar un momento, Lina lo hace también. Sergio se adelanta y habla directamente a los espectadores).

SERGIO: Señoras y señores. Yo sé que después de la victoria de nuestro glorioso ejército, Uds. han conocido heroicas acciones de grandes patriotas. Ellos han merecido nuestro reconocimiento y nuestra admiración. Pero, ahora, os traigo ante vosotros, no a hombres que arriesgaron sus vidas, ni que fueron mutilados, ni que perdieron a sus familias en defensa del país. Os traigo a un glorioso puñado de mujeres que sacrificaron en aras de nuestros ideales, algo más importante que la vida, más significativo que un brazo o una pierna: ellas sacrificaron —¡Por vosotros!— su pudor. Para estas nobles mujeres, cuyo heroísmo se

hermana con ya legendarios nombres de Roma y de Grecia, yo pido el reconocimiento de su pueblo! ¡Las mayores distinciones! ¡Los máximos honores!

NATALIA: ¿Oyes como aplauden?

HILDA: No. No aplauden todavía. Están llorando.

SOFIA: ¿Qué vestido nos haremos cuando nos pongan la Legión de Honor?

MATILDE: (*Llorando*). Y pensar que yo... una modesta hija del pueblo... (*Saca el pañuelo y se suena estrepitosamente*).

LINA: Que quede constancia que soy la única soltera. Mi sacrificio es el mayor.

SERGIO: ¡Compatriotas! ¡Mostradme las piernas!

(*Las cinco en rígida postura militar, alzan sus faldas. Sergio las inspecciona como un oficial que revista sus tropas*).

¡Correcto! ¡Estáis aptas para el heroísmo!

APAGON

CUADRO III

Al volverse a prender las luces, ha caído una cortina negra. Iluminados por sendos haces de luces se ven de izquierda a derecha a Simón, Víctor, Pablo y Alex. Simón tiene en sus manos una prueba de imprenta recién salida de la prensa. Víctor prepara una poción farmacéutica, Pablo sentado en un sillón antiguo fuma su pipa. Alex, con un destornillador, arregla un motor. Por aberturas disimuladas en la cortina entran al mismo tiempo Hilda, Natalia, Sofía y Matilde, quienes se colocan junto a sus respectivos maridos.

HILDA: Simón.

NATALIA: Víctor.

SOFIA: Pablo.

MATILDE: Alex.

HILDA: Elba se ha negado a colaborar.

NATALIA: Y a Sergio se le ha ocurrido otro plan...

SOFIA: Se trata de abrir un teatro de variedades...

MATILDE: Y las principales artistas seríamos yo...

HILDA: Y Matilde...

NATALIA: E Hilda...

SOFIA: Y Natalia...

MATILDE: Y Sofía...

HILDA: Sergio nos enseñaría a actuar...

NATALIA: Y tendríamos que salir escasas de ropa...

SOFIA: Para minar la moral del enemigo.

MATILDE: Y obtener secretos militares...

HILDA: ¿Qué dices tú?

SIMON: ¡Es indigno!

VICTOR: ¡Es una vergüenza proponerlo siquiera!

PABLO: Jamás aceptaría algo así.

ALEX: ¡Es una porquería!

HILDA: Pagarian las entradas con salchichones.

SIMON: ¡Ahhh!

NATALIA: Con licores.

VICTOR: ¡Ahhh!

SOFIA: Con tabaco.

PABLO: ¡Ahhh!

MATILDE: Con conservas.

ALEX: ¡Ahhh!

(Los cuatro abrazan simultáneamente a sus mujeres).

SIMON: *(Al unísono)*. Si ése es el único camino que tenemos para

VICTOR: resistir al enemigo, no queda otra cosa que sacrificarnos.

PABLO: ¡Amor mío!

ALEX:

(Los cuatro besan a sus respectivas esposas).

FIN DEL ACTO I

ACTO II

La posada. En la puerta de los comedores se ha instalado el escenario. Simón pinta unos decorados de papel. Víctor, martillo en mano, fabrica unas tarimas. Pablo arregla un vestido que ha recortado de una vieja cortina de felpa, sobre un maniquí de madera, la boca lleno de alfileres y usando centímetro y tijeras. Alex, con su mameluco está, obviamente a cargo de la instalación eléctrica y en la actualidad se dedica a arreglar las conexiones de un reflector. Antón, pincel en mano, termina un aviso de propaganda que dice: "Hoy, Sofía, la maravillosa, hoy". Desde detrás del escenario se oye de vez en cuando un piano y los pasos de baile de las señoras que están en pleno ensayo.

VICTOR: ¡Faltan cuatro días! ¡Sólo cuatro días!

SIMON: Me parecen una eternidad.

ALEX: *(Acercándose a Antón y leyendo el letrero que pinta)*. ¿Qué significa esto? ¿Por qué están pintando un letrero especial para Sofía?

PABLO: Mi mujer es la estrella de la compañía.

ALEX: ¡Qué me vienen a hablar de estrellas! Aquí el esfuerzo es compar-

tido. El Teatro no es como el Gobierno, donde sólo los ricos obtienen privilegios.

PABLO: El teatro es como todo. Los más capaces obtienen la mejor parte. Sofía hará el número más importante, el de mayor riesgo.

ALEX: ¿Y por qué ella?

PABLO: Sergio la eligió después de un concurso privado. El striptease, mi querido amigo, es un arte. Se requiere refinamiento. ¿Quién otra podría hacerlo, entonces, sino mi mujer?

ANTON: (*Llevándose el letrero a un rincón*). No discutan ahora. Lo importante es la disciplina. Deben recordar que no nos estamos divirtiendo, que se trata de la primera etapa de una operación de resistencia.

SIMON: A mí me interesa la segunda etapa, cuando paguen con salchichas.

ANTON: ¡Simón!

SIMON: Disculpa, pero es la verdad. La pura verdad.

VICTOR: (*Acercándose a Pablo y observando el vestido que éste diseña en el maniquí*). ¿Este es el vestido que has diseñado para Natalia? ¡No está mal! No está mal. No le conocía estas dotes de modisto, don Pablo.

PABLO: ¡Bah! Pude haber sido el modisto más famoso del mundo. Yo le diseñaba la ropa a todas las mujeres de mi familia. Pero mi padre me impidió poner una casa de modas. Me dijo: "Pablo, tú eres un Conde y los nobles no trabajan". Y tuve que abandonar mi vocación. ¡Ah, si Ud. supiera qué difícil es mantener las tradiciones aristocráticas! ¡Una vida de duros sacrificios! Créame...

VICTOR: Sí. Me doy cuenta. Es difícil... Pero mire, ¿quiere que le dé un consejo respecto a ese vestido? Hágalo cinco centímetros más ancho por cada lado. Ese maniquí lo mandó a hacer Natalia hace diez años. Hace diez años era así.

(*Mira nostálgicamente el maniquí, acaricia sus contornos y termina dándole unas palmaditas en el trasero*).

¡Mierda!

(*Se vuelve pensativo a su trabajo, meneando la cabeza y recordando viejos y, por supuesto, mejores tiempos*).

ALEX: Lo que yo me pregunto es hasta cuándo van a ensayar...

ANTON: Sergio ha trabajado duro. Dice que aún faltan muchos más ensayos...

ALEX: ¿Y por qué no podemos presenciar nosotros los ensayos? ¡Eso! Eso es lo que yo me pregunto.

ANTON: Las señoras se ponen nerviosas...

ALEX: ¿Por qué? ¿No somos nosotros los maridos acaso? ¿Por qué tenemos que quedarnos afuera mientras Sergio está haciendo quizás qué con ellas?

ANTON: ¿Qué quieren que haga Sergio? ¿No oyes como está tocando el piano y ensayando pasos de baile?

ALEX: ¡Claro! ¡Como ninguna es tu mujer! Tú no arriesgas nada y, de

- seguro, vas a ser el primero que te vas a poner a la cola para el reparto de víveres. ¡Como eres el Alcalde!
- ANTON: ¿Qué yo no arriesgo nada?
- ALEX: Después de todo, son nuestras señoras las que están trabajando. Tú eres soltero, pero tienes una sobrina que haría servido en esta ocasión, la señorita se ha negado a colaborar y tú lo has permitido. *(A los demás)*. ¿Es o no es así?
- SIMON: Antón es el Jefe de Propaganda de la Compañía. Ha pintado carteles... ha redactado los programas...
- ALEX: Y yo soy el electricista, Pablo el modisto, Víctor es el utilero y tú eres el escenógrafo. Todos somos algo, pero, además, somos los maridos. No olvidarse de eso cuando llegue el momento del reparto. Somos los maridos.
- (Entra Sergio por el escenario. Viste una llamativa chaqueta de fantasía y un sombrero de paja)*.
- SERGIO: ¿Y éste es el traje que diseñaste?
- PABLO: Sí. De todo gusto, ¿verdad?
- SERGIO: ¿Es esto una compañía de revista o un convento de monjas?
- ¡Pásame la tijera!
- (Pablo le pasa la tijera. Sergio recorta con ella un escote pronunciadísimo)*.
- ¡Ese es el escote que necesitamos!
- VICTOR: Pero... Pero... Es Natalia...
- SERGIO: ¿Sí? ¿Y qué?
- VICTOR: Es que... es mucho escote para ella... Se va... se va a salir...
- SERGIO: De eso se trata.
- (Toma las tijeras y hace al vestido una abertura en forma de rombo en el estómago)*.
- VICTOR: ¡Ah, no! ¡Eso es demasiado!
- SIMON: *(Maliciosamente golpeando con el codo las costillas de Alex)*. A nosotros nos parece perfecto. ¿Verdad, Alex?
- ALEX: Por supuesto. Una corista es una corista. No puede ir vestida como si se tratara de una fiesta de beneficencia.
- SERGIO: Todas las señoras vestirán así en el escenario.
- SIMON: ¡Todas!
- ALEX: ¡Ah, no!
- SIMON: La moralidad antes que nada...
- ANTON: Un momento, Sergio. Explicame una cosa. En las compañías de revistas, allá en la ciudad, ¿quién fija las normas sobre lo que es moral y lo que es inmoral en el espectáculo?
- SERGIO: Bueno, la Municipalidad...
- SIMON: Entonces, nosotros podemos fijar nuestras propias normas, porque somos el Concejo Municipal. ¿No es cierto?
- SERGIO: Cierto.
- ANTON: Bien. Me parece indispensable que sesionemos de inmediato, para

fijar esas normas mínimas de moralidad. Sergio, llame a Lina, por favor.
(Sergio se dirige hacia el interior).

ALEX: Y si no se cumplen, clausuraremos el espectáculo.

SIMON: ¡No! ¡Clausurarlo, no! ¿Cómo es esto? ¿Todavía no hemos recibido las entradas y ya lo vamos a clausurar?

ANTON: No me gusta en lo que nos hemos metido...

PABLO: A nadie le gusta la guerra y estamos metidos en ella. Tenemos que bailar al son que nos toquen.

(Entra Lina, lleva vestido de baile de lentejuelas con los hombros desnudos) (Todos la miran admirados).

VICTOR: ¡Diantres!

LINA: (Coqueta). ¿Qué miran? Es mi traje de artista. Seré la anunciadora de la compañía.

SIMON: Lina... ¿De dónde sacó ese traje? Nunca me imaginé que Ud. tuviera un vestido así...

LINA: Si no es mío...

ALEX: ¿De quién, entonces?

LINA: Propiedad Municipal.

ANTÓN: ¿Cómo? ¿Cómo es eso?

LINA: ¿Recuerdas cuando ordenaste clausurar las casas... las casas aquellas? Todo lo que quedó ahí, pasó a las bodegas Municipales. Las chicas olvidaron algunos vestidos también. Este es uno de ellos.

VICTOR: ¿Y te pones un vestido que ha pertenecido a una...?

LINA: ¡Victor! Recuerde que estamos realizando una labor altamente patriótica. No es un placer para mí vestir así... producir quizás qué en los hombres...

ANTON: Bien. Vamos al grano. Necesitamos tomar un acuerdo municipal. La cuestión es saber qué es moral y qué es inmoral en los vestidos que se usen en el teatro.

PABLO: Digamos mejor, qué es lo que se puede dejar sin vestido y qué no.

ALEX: Yo hago una pregunta concreta: ¿Es moral mostrar el ombligo o es inmoral? ¡Vamos a ver!

LINA: Alex, por favor. Hay damas presente...

SIMON: Bueno... yo creo que todo depende del ombligo.

VICTOR: ¡Eso es! Si se trata del de tu mujer es inmoral, pero si es el de la mía, es moral. ¡Muy bonito! Señor Alcalde, pido un trato igualitario para los ombligos.

ALEX: Me adhiero, señor Alcalde.

PABLO: ¿Pero por qué va a ser inmoral un ombligo? (Se pone de pie y se baja el pantalón dejando al descubierto su ombligo). ¿Es inmoral, acaso?

SIMON: ¡El tuyo que va a ser inmoral!

PABLO: Quedamos en que todos los ombligos eran iguales. Lina, ¿qué opinas tú?

LINA: Que han olvidado que estamos en guerra. ¿Van anteponer Uds. un

ombligo a su patria? ¡Yo no! No el mío al menos.

(Mutis).

ALEX: Entonces en qué quedamos... ¿Es moral o inmoral mostrar el ombligo?

VICTOR: Ya oíste a Lina: es patriótico.

SERGIO: Será mejor continuar nuestro trabajo. Recuerden que si nos falla esta táctica, no va a haber otra posibilidad de menguar las fuerzas del enemigo. Alex, quiero ver cómo funciona el reflector. Sofía va a ensayar su striptease.

ALEX: Bien, Sergio.

(Sale llevando el reflector).

SERGIO: Víctor, ¿tienes memorizado tu monólogo?

VICTOR: Sí. Lo sé de memoria. Pero no me resulta gracioso.

SERGIO: Lo ensayaremos después. Junto a los sketches. Espero que todos se sepan sus papeles.

PABLO: Haremos lo posible.

(Por la calle entra Elba).

SERGIO: (Sarcástico). ¡Ah! ¡Llegó la princesa! ¿Aún te empeñas en no colaborar? He imaginado un número para ti que sería un éxito.

(Sergio acaricia la barbilla de Elba. Esta de un manotón lo aleja).

ELBA: Deja esas manos tranquilas.

SERGIO: (Haciendo mutis). Ya te bajaremos los humos. Ya verás.

(Mutis de Sergio. Elba inicia el mutis hacia la escala).

ANTON: ¡Elba!

ELBA: ¿Sí, tío?

ANTON: ¿De dónde vienes?

(Elba hace un gesto de fastidio, pensando que ha de iniciarse la misma discusión de siempre).

¡Ah! De allá... Ven. Sentémonos en esta mesa. Quiero hablarte. Tú eres el único familiar que tengo y necesito hablarte.

ELBA: (Dulce). Sí, tío.

(Se sientan en una mesa alejados del resto que continúa su trabajo).

ANTON: ¿Sabes? He estado pensando... Hace tiempo que pienso... Desde que los clientes principiaron a escasear en la posada, me he puesto a pensar...

ELBA: ¿Pensar en qué, tío?

ANTON: En mí... en mi vida..., ¿sabes que me acerco a los sesenta años? Y todo se ha ido así. (Hace un gesto con la mano). Ni yo mismo sé cómo. Tenía planes, proyectos... cuando fui nombrado Alcalde del pueblo pensé que se iniciaba mi carrera política, que éste sería el primer peldaño, que después vendrían las Cámaras... Un Ministerio tal vez... Y ya ves, aquí estoy. Después que estalló la guerra, pensé que ella era la culpable de que me quedara detenido, pero ahora veo claro. Para lo único que ambiciono, y los días que me quedan, quiero seguir siendo Alcalde, morir Alcalde. Que mi entierro pase por las calles principales, con todo el pueblo acompañándome

a pie. Como corresponde a las grandes personalidades...

ELBA: Quién piensa en eso ahora, tío.

ANTON: A mi edad, el único proyecto seguro que puedo hacer es el de mis funerales. Créeme.

ELBA: (*Sonriendo. Medio en broma*). Tendrás el mejor funeral que jamás nadie haya tenido en el pueblo.

ANTON: No. No lo tendré. A menos que tú...

ELBA: ¿Yo? ¿Qué?

ANTON: Todos están de acuerdo para cuando llegue la paz. No me reelegirán.

ELBA: ¿Pero por qué?

ANTON: Primero, el escándalo que diste con Mauricio...

ELBA: ¡Qué escándalo! Éramos novios, nos íbamos a casar. Iba a la guerra, podía morir... ¡Y murió, tío Antón!

ANTON: Eso lo podrían comprender, pero, ahora...

ELBA: ¿Ahora, qué?

ANTON: Te niegas a colaborar...

ELBA: ¿A colaborar en qué? ¿En este juego estúpido que ha inventado Sergio?

ANTON: Todos lo han aceptado.

ELBA: ¿Y no te has preguntado por qué?

ANTON: Es una forma de hacer resistencia, de conocer, tal vez, importantes informaciones...

ELBA: ¿Y tú crees eso, de verdad, tío Antón? ¿No sabes acaso que los Honorables miembros del Concejo Municipal han aceptado la idea con la esperanza de que puedan comer de los víveres de las tropas hasta hartarse?

ANTON: ¿Y las mujeres? ¿También ellas han sacrificado su pudor por una lata de queso?

ELBA: (*Riendo*). Eres soltero, tío Antón. Conoces poco a las mujeres. Dales un pretexto, un solo pretexto y se exhibirán como premios "champion" en una Feria de Animales. Todas están seguras de ser perfectas, de ser hermosas. Todos los días se miran al espejo y se dicen: "Lástima que sea honrada, porque de lo contrario...".

ANTON: ¿Eso pensaste tú antes de acostarte con Mauricio?

ELBA: (*Ofendida y triste*). No comprendes nada, tío Antón... Nada... Ni siquiera lo más simple: el amor.

ANTON: Lo que no comprendo es por qué no puedes hacer lo que hacen las demás. ¿Qué es lo que te detiene? ¿El pudor? ¿Orgullo?

ELBA: No, tío. No es pudor. No es orgullo.

ANTON: ¿Qué, entonces?

ELBA: Tal vez, tal vez sea lo que yo entiendo por lealtad. Lealtad conmigo misma.

ANTON: Todos dicen que es una labor patriótica...

ELBA: Supongamos que lo fuera... ¿Por ser fiel a la patria debo traicionarme a mí misma?

ANTON: Si no lo haces, perderé la Alcaldía. Te he criado, te he alimentado, vestido, educado...

ELBA: La gratitud que te debo, tío, no me obliga a negarme a mí misma.

ANTON: ¡Tú! ¡Tú! ¡Tú! Sólo piensas en ti. ¡Eres egoísta!

ELBA: Sí, tío. Soy egoísta. Pero siento que es mi obligación ser egoísta.

Y no creas que es fácil. Lo más sencillo sería hacer lo que todos hacen. Tendría sonrisas, serían amigos míos pero yo, en mi interior, me sentiría defraudada. Y eso es lo que me importa. Que yo no tenga nada que reprocharme a mí misma.

SERGIO: (*Entrando*). ¡Alex! ¡Prepara el reflector! Vamos a ensayar el número de Sofía... Víctor, cuando se encienda el reflector, tú apagas las luces de aquí.

SIMON: ¿Qué va a hacer?

SERGIO: Strip-tease.

SIMON: ¿Qué es eso?

SERGIO: Ya lo verás... Ya lo verás...

(*Se enciende el reflector e ilumina el escenario por donde saldrá Sofía. Víctor apaga las luces. Aparece Sofía vestida con elegante traje de baile, gran sombrero de plumas, largos guantes y un abanico en sus manos. Se detiene. Desde el interior principia a oírse el piano que interpreta la música de la canción que cantará Sofía. Cerca de ella, bajo el escenario está Sergio*).

SOFIA: La viudez es cosa terrible

que me causa gran conmoción.

Me invade una pena horrible,

pero más me inquieta este sofocón.

SERGIO: (*A media voz*). ¡El abanico!

(*Sofía se pasea abanicándose y arroja al suelo el abanico*).

SOFIA: Invierno, Primavera, Otoño, Estío,

es todo igual para mí.

SERGIO: ¡Los guantes!

SOFIA: (*Principia a sacarse los guantes sin interrumpirse*).

¡Qué calor! ¡Qué rubor! ¡Qué hastío!

Y la culpa de todo está por aquí...

SERGIO: Paseo... Mueve las caderas... Mira al público..., guiña el ojo... Eso..., eso...

(*Sofía sigue las instrucciones*).

SERGIO: ¡El sombrero!

(*Sofía se detiene se saca el sombrero e inicia la siguiente estrofa*).

SOFIA: He consultado a grandes doctores

y la misma receta me han extendido

SERGIO: (*A media voz*). ¡El cierre del vestido!

(*Sofía inicia la acción de correr el cierre del vestido. Se oye un aplauso apresurado y silbidos de Simón y Víctor*).

SERGIO: ¡Silencio! ¡Eso es un ensayo! Vuelve a principiar la estrofa Sofía...

SERGIO VODANOVIC: PERDON... ¡ESTAMOS EN GUERRA!

- SOFIA: He consultado a grandes doctores
y la misma receta me han extendido
¿Saben Uds. cuál es el remedio?
¡Ellos mismos! ¡Los bandidos!
(Ha dejado caer el vestido dejando sus hombros y escote desnudos y reinicia el paseo para luego continuar la canción).
- SERGIO: Y ahora dejas caer el vestido lentamente...
(Así lo hará a medida que cante la última estrofa, quedando vestida en breves prendas íntimas).
- SOFIA: Y ha llegado el momento.
(El reflector se desvía bruscamente y alumbra hacia otro lado).
- VICTOR: ¡El reflector! ¡El reflector!
- SIMON: ¡Que no nos corten lo mejor!
- PABLO: ¡Cállense, desgraciados! ¡Que soy el marido!
- SERGIO: *(Poniéndose dentro del haz del reflector que se ha movido en diferentes direcciones sin poder volver a enfocar a Sofía).*
¿Qué sucede? ¿Se echó a perder el reflector?
- ALEX: *(Desde arriba).* Perdón... Me puse nervioso... ¿Dónde está Sofía?
- SERGIO: Sígueme a mí.
(El reflector sigue a Sergio hasta llegar donde Sofía quien, indignada está manos en jarra y golpeando impaciente el piso con el pie. En esta actitud, naturalmente, se le ha caído la parte superior del vestido. Al ser iluminada por el reflector, se cubre rápidamente).
- SERGIO: No te pongas nerviosa. Esto siempre sucede en los ensayos generales. Vamos... Continúa...
- SOFIA: Y ha llegado el momento extremo
de que yo tome la medicina...
Señores, a todos pregunto:
¿quién, quiere ser mi aspirina?
(A medida que canta se va despojando de sus ropas lo que sigue haciendo sólo bailando hasta terminar el número).

CUADRO II

La fachada de la posada. En primer plano, a la derecha, un banco, hacia la izquierda, hay una entrada ancha de donde se ha retirado la puerta, en su reemplazo se ha colocado una cortina abierta en dos. Sobre la puerta hay un letrero que dice: "Teatro". A los lados, cartelones indicando algunos números del espectáculo y algunas bataclanas grotescamente dibujadas. Está ahí, por supuesto, el letrero que pintaba Antón en el cuadro anterior

Pablo y Simón se encuentran en la entrada, calificando la ubicación de los espectadores, de acuerdo a su erogación. Al lado de ellos hay una

gran cantidad de paquetes (comestibles y botellas en su mayoría) que indican que hay ya una gran cantidad de público dentro de la sala. Hay una larga cola de soldados esperando para entrar que se prolonga hasta perderse en el lateral izquierdo. Todos lógicamente llevan un paquete.

SIMON: *(Recibiendo un paquete de cigarrillos y extendiendo una boleta de entrada. A la vez que pasa los cigarrillos a Pablo que los apila). Cigarrillos... Fila M..., el otro.*

(El soldado siguiente pasa un paquete de chocolate).

SIMON: *(Maquinalmente). Una ración de chocolate. Fila Z.*

(Le extiende la boleta al soldado).

SOLDADO: ¿Cómo? ¿Sólo en la fila Z?

SIMON: ¿Y qué más quieres por una ración de chocolate? Para la próxima función no aceptaremos chocolates. ¡Esta no es una matiné infantil!

(El soldado regañando recibe su boleto y entra. El siguiente es un cabo quien extiende un objeto minúsculo).

SIMON: ¿Y esto qué es?

CABO: Una medalla. Es de oro.

SIMON: ¿Y qué quiere que hagamos con una medalla?

CABO: Me la regaló mi madre. Tiene un gran valor para mí.

SIMON: Si no traes otra cosa, mejor que no perdamos tiempo...

CABO: Está bien..., está bien... *(Del bolsillo trasero de su pantalón saca una botella pequeña). Es cognac.*

PABLO: *(Recibiéndola). ¡Eso es ya otra cosal!*

SIMON: *(Extendiéndole la boleta). ¡Fila E!*

TENIENTE: *(Pasando un salchichón). ¿Y qué ubicación me va a dar por este salchichón?*

PABLO: Teniente, Ud. es afortunado. La última colocación que me queda en la fila B.

TENIENTE: ¿En la fila B? ¿Y qué es lo que le han dado los que están en la fila A?

SIMON: *(Tomando del montón y esgrimiendo con sensual glotonería una pierna de jamón). ¡Un jamón entero!*

TENIENTE: *(Confidencialmente). ¿Qué tal es esa Sofía que anuncian Uds.?*

SIMON: ¿Y a mí qué me pregunta? Pregúntele a éste. *(Muestra a Pablo).*

TENIENTE: *(Golpeando a Pablo con picardía, con un codo en el pecho de él). ¿Así es que Ud. es el que la conoce, ah?*

PABLO: *(Tomando el calchichón, enojado). ¡Ya! ¡Entre de una vez! ¡Está demorando la cola!*

(El Teniente entra a la sala. Al mismo tiempo sale Víctor para hablar con sus compañeros).

VICTOR: ¡El teatro está lleno! ¡No vendan más entradas!

UNO DE LA COLA: ¡Queremos entrar! ¡Tenemos derecho!

(La cola se deshace y un grupo rodea a Pablo, Simón y Víctor, gritando y amenazando).

PABLO: ¡Señores!... ¡Señores! *(Se hace silencio)*. La Administración de la Empresa se hace un deber en anunciar que todos los días habrá función ¡Tengan paciencia! ¡Hay espectáculo para todos! *(Divisando a los dos sargentos)*. ¡Sargento! ¡Imponga orden a su gente!

SARGENTO 1: *(Militarmente)*. ¡Atención! ¡Cuadrarse!
(Los soldados lo hacen).

¡Despejar inmediatamente la calle y volver al cuartel de inmediato!... ¡Atención!... ¡Disolverse!
(Los soldados se van refunfuñando).

VICTOR: *(Regocijadamente mostrando el alto de paquetes recolectados)*.
¡Todo eso!

PABLO: ¡Nuestro primer borderaux!

SIMON: ¡Es un éxito!

VICTOR: Tenemos que guardarlo, antes que se inicie la función.

SIMON: ¿Dónde están los canastos?

SARGENTO 1: *(Acercándose junto al Sargento 2)*. ¿Podemos ser útiles en algo a los señores?

PABLO: ¿Podrían ayudarnos a llevar los paquetes a la administración?

SARGENTO 2: ¿Y después, podríamos quedarnos a ver la función?

PABLO: *(Después de mirar interrogativamente a Simón y Víctor y éstos asentir)*. Conforme.

(Febilmente los cinco se ponen a la tarea de llenar grandes canastos con el producto de las entradas y los entran al teatro. La escena queda vacía un momento. Se alcanza a oír alguna rechifla y un principio de pateo del público que protesta por la demora de la iniciación de la función. Luego se principia a oír una animada música interpretada al piano. Por la derecha entra Elba. Melancólica y pensativa, ve de pronto una cajetilla de cigarrillos que se ha caído de los canastos. La recoge, está a punto de volverla a tirar con desprecio, pero recapacita. Abre la cajetilla. Saca un cigarrillo, busca fósforos. No tiene. Se sienta en el banco del primer plano, pensativa, con el cigarrillo apagado aún en la mano. Por la izquierda entra un soldado, en actitud de vagar. Se detiene. Enciende un cigarrillo y viendo que es el último fósforo, bota la cajita. Elba lo ha observado y hace un gesto de contrariedad al ver que el soldado también está sin fósforos. El soldado se pasea, lleva su brazo derecho rigidamente apegado a su cuerpo. Se oyen risas en dirección a él. El soldado con un gesto de molestia, tira al suelo el cigarrillo que acaba de encender y con el pie se apresura a apagarlo).

ELBA: *(Sin poder contenerse. En un grito)*. ¡No lo pise!

DANIEL: *(Queda inmóvil con el pie aún en alto)*. ¿Qué?

(Elba no contesta y se dirige hacia él levanta el cigarrillo del suelo. Enciende con él el suyo y vuelve al banco mientras dice).

ELBA: Apáguelo ahora, si quiere.

(El soldado lo hace sin dejar de mirar a Elba. Luego se acerca lentamente y se sienta en el otro extremo del banco. Elba no lo mira).

El tampoco a Elba. De pronto el soldado saca un cigarrillo. Se lo pone en la boca y busca sus fósforos. Recuerda que no tiene. Queda inmóvil con el cigarrillo en la mano. Hace de pronto un gesto de dirigirse a Elba, pero se contiene y no le habla. Obviamente en ambos está presente la orden de "no confraternizar". Elba que ha advertido el gesto del soldado, bruscamente le extiende su cigarrillo encendido sin mirarlo. El soldado lo toma, enciende el suyo y lo devuelve en la misma actitud a Elba).

DANIEL: Gracias.

ELBA: (Secamente). No me dé las gracias. Hago lo mismo que hizo Ud.

DANIEL: (Cohibido). Está bien.

ELBA: Tengo órdenes de no confraternizar con el enemigo.

DANIEL: Yo también.

(Un momento de silencio. Ambos fuman. Daniel busca en sus bolsillos una boquilla, con su mano izquierda. Luego sin mover el brazo derecho la coloca en el cigarrillo. Elba ha mirado con curiosidad estos movimientos).

ELBA: ¿Es zurdo?

DANIEL: No.

ELBA: ¿Está herido?

DANIEL: No. (Una pausa. Luego Daniel se decide a dar una explicación).

Tengo descosida la manga derecha. Un soldado no debe andar con su uniforme descosido.

ELBA: ¿Y por qué no lo cose?

DANIEL: Lo hago todas las mañanas y en la tarde vuelve a estar igual.

ELBA: No la coserá bien.

DANIEL: ¡Ah, no! Lo que sucede es que todos los días al saludar a un superior, se me rompe al hacer el movimiento..., ¿sabe? Es un problema muy serio. Tengo los brazos largos y el cuello grueso.

ELBA: ¿Y eso qué tiene que ver?

DANIEL: Cuando entré al Ejército, me dijeron que mi talla era la cuarenta. La talla 40 me queda perfecta de cuello, pero trae mangas tamaño 35.

ELBA: ¿Y por qué no pide un uniforme con cuello 40 y manga de su tamaño?

DANIEL: Fue lo primero que hice.

ELBA: ¿Y?

DANIEL: Me contestaron que, de conformidad a las estadísticas, las personas que tienen cuello cuarenta, tienen manga 35.

ELBA: ¡Pero no es su caso!

DANIEL: No.

ELBA: Es absurdo.

DANIEL: Peor que eso: antipatriótico.

ELBA: ¿Cómo?

DANIEL: ¿Quiere que le cuente la entrevista que tuve con mi Teniente?

(Sin esperar respuesta. Se levanta, se cuadra ante un imaginario teniente).

DANIEL: Permiso para hablarle, mi Teniente.

(Se vuelve y toma la posición del Teniente. En el diálogo siguiente cambiará de posición alternativamente al recrear el diálogo sostenido).

DANIEL: Hable. (Se vuelve). Mi Teniente, mi uniforme no se conforma con mis medidas. (Se vuelve). ¿Qué talla usa Ud.? (Se vuelve). 40, mi Teniente. (Se vuelve). La talla 40, tiene mangas 35. Es la proporción exacta de acuerdo a las estadísticas. (Se vuelve). Pero mis mangas son 38. (Se vuelve, adopta tono taciturno). Grave..., muy grave... Le voy a hacer un favor. Esto será un secreto entre los dos. (Se vuelve. Muestra el rajón de su manga). ¡Pero es un secreto que está a la vista, mi Teniente! (Se vuelve). ¿Se da cuenta de lo que significaría para Ud. que se supiera que sus medidas no calzan con las oficiales? Nuestras fábricas de vestuario trabajan en producción masiva. Largos y costosos estudios han permitido estimar las proporciones exactas. La talla 40 tiene manga 35. Eso es un hecho. Un hecho científicamente comprobado, matemáticamente comprobado. Y si un desgraciado tuviera talla 40 y sus mangas miden más de 35, significa que no puede hacerse ropa. Porque no pretenderá Ud. que se detenga la producción general para que se le haga un uniforme especial para Ud. (Se vuelve. Habla cohibido). No, mi Teniente. (Se vuelve. Habla con arrogancia). Porque si así fuere, su conducta sería antisocial, iría contra los intereses de la mayoría y la mayoría, recuérdelo soldado, la mayoría siempre es la patria. Y si Ud. va contra la patria, significa que es un traidor y, como tal, la sociedad tendría no el derecho, sino la obligación de eliminarlo. ¿Se da cuenta ahora, el favor que le hago al guardar el secreto de su horrible confesión? (Daniel se deja caer pesadamente en el banco).

Ud. es la segunda persona que sabe este secreto. ¡Ya no podía más con él! Tenía que contárselo a alguien, aunque fuera del enemigo. (Elba sonríe con simpatía. Del interior del teatro se oyen aplausos. De vez en cuando en el curso del diálogo entre Elba y Daniel se escuchará el rumor de los aplausos, risas, silbidos y de música que recuerda la existencia del espectáculo que se está desarrollando dentro, sin que por ello se perturbe el espectador en su atención al diálogo). (Al oír los aplausos Daniel y Elba se vuelven sorprendidos como recién recordando el espectáculo que se lleva a efecto y que lo habían olvidado).

ELBA: ¿Por su manga rota no asistió a la función?

DANIEL: No.

ELBA: ¿Llegó tarde? ¿No alcanzó a entrar?

DANIEL: No me interesa. (Elba lo mira interrogativamente). Soy un tonto.

Mis compañeros me lo dicen a cada rato y debe ser cierto. ¡Pero qué

se le va hacer! Yo nací tonto. (*Elba se ríe*). No. No se ría. Se lo digo de verdad.

ELBA: ¿Pero, por qué?

DANIEL: Cuando en el reglamento se supo que se abriría un Teatro de Variedades, todos se volvieron locos de alegría. Todos menos yo. Y no era que me estuviera aburriendo menos que ellos, no. Sólo que no me interesa...

ELBA: Salen mujeres..., así..., ligeras de ropa...

DANIEL: Sí. Lo sé.

ELBA: ¿Y no le interesa echar una mirada?

DANIEL: Es que..., no sé cómo decirle justamente. A mí me gusta lo verdadero... Y bueno, claro que me gustan las mujeres. O mejor, me gusta la mujer. No se trata de ir a mirar cómo se desviste una mujer, en un escenario, lo que se trata es de que se desvista para uno, que sea la mujer que uno quiere, que haya algo... personal. Algo que importe, que verdaderamente importe. No me entiende, ¿verdad?

ELBA: Sí. Le entiendo.

DANIEL: ¿Soy un tonto?

ELBA: Sí. Es un tonto.

(*Daniel se siente ofendido y se le refleja en el rostro*).

No se ofenda. Le aseguro que es un tonto. Le doy mi palabra de tonta.

DANIEL: ¿Ud. también?

(*Elba saca de una carterita una aguja y trata de enhebrarla*).

ELBA: Sí. Yo también.

DANIEL: ¿Qué hace?

ELBA: A ver. Veamos esa manga descosida.

(*Daniel hace un intento de sacarse la chaqueta*).

No. No se la saque. Podría venir alguien y al verlo a Ud. en mangas de camisa...

DANIEL: Eso podría significar hasta alta traición, según el Código Militar.

ELBA: (*Iniciando el zurcido*). ¡No es para tanto!

DANIEL: No crea. El Código Militar lo hacen los militares. Uno puede encontrar cualquier cosa en él.

ELBA: No se mueva.

DANIEL: ¿Qué tal es el espectáculo?

ELBA: No sé.

DANIEL: ¿No fue nunca?

ELBA: Es la primera vez que se hace en el pueblo.

DANIEL: ¿Cómo? ¿Y las artistas?

ELBA: Son las señoras de los miembros del Concejo Municipal.

DANIEL: ¡Las señoras! (*Ríe y al moverse es pinchado por la aguja de Elba*).

¡Ay!

ELBA: Le dije que no se moviera. No es fácil zurcir una manga con la chaqueta puesta.

DANIEL: ¿Y a Ud.? ¿No le pidieron su colaboración?

ELBA: Sí. A mí se dirigieron la primera.

DANIEL: ¿Y?

ELBA: Pienso como Ud. No me parece malo desvestirse delante de un hombre. Si es el hombre a quien amo.

DANIEL: ¿Lo ha hecho alguna vez?

(Elba deja de coser y mira molesta a Daniel ante la impertinencia de su pregunta. Luego reinicia el zurcido).

ELBA: Sí.

DANIEL: ¿Alguien del pueblo?

ELBA: Alguien que está muerto.

DANIEL: Perdón...

ELBA: Eramos una pareja como cualquier otra en el mundo. Estábamos enamorados. Nos pensábamos casar. Los padres de él, no veían con buenos ojos el noviazgo... En fin lo de siempre. Y de pronto estalló la guerra. No sabíamos por qué ni para qué. En 24 horas debía irse. Tuvimos miedo... A ver... Levante el brazo *(Daniel lo hace)*. No, No quedó bien por este lado. Lo haremos de nuevo. *(Hay un momento en que Elba descose una parte de lo zurcido y vuelve a iniciar su trabajo sin hablar. Luego continúa su relato)*. Yo pensé que él podía morir. Y Mauricio también pensó lo mismo. Quisimos casarnos apresuradamente. Pero en el pueblo había un desorden terrible. Fue imposible encontrar al cura... El tiempo avanzaba, la hora de la separación estaba cerca y no queríamos separarnos sin antes habernos amado de verdad. Nos acordamos de una cabaña abandonada que hay en los faldeos de la montaña y fuimos allá sin decirnos una palabra... Ahora me parece que quedó bien. Sólo le recomiendo que cuando salude a un superior, no haga un movimiento muy enérgico. No hay hilo que resista un tirón fuerte.

DANIEL: ¿Y él murió?

ELBA: Sí.

(Hay un momento de silencio en que Daniel se advierte pensativo. Ambos están muy juntos. Desde el teatro se oye la iniciación del cuplé que canta Sofía en su número).

ELBA: ¿Qué piensa?

DANIEL: Que a mí me habría gustado estar enamorado así y que el día que me llamaron a las filas, me hubiera gustado encontrar, también, una cabaña abandonada.

ELBA: *(Después de una pausa)*. ¿Cómo te llamas?

DANIEL: Daniel. ¿Y tú?

ELBA: Elba.

(El pasa su brazo por el hombro de ella y permanecen en silencio. De la puerta del teatro sale Pablo seguido de Víctor. Pablo está nerviosísimo).

VICTOR: Pero no te pongas tan nervioso. Sofía lo está haciendo muy bien.

¡Va a ser un gran éxito!

PABLO: ¡Eso es lo que me tiene nervioso, imbécil!

VICTOR: Pero... ¿Por qué?

(Se oyen aplausos y rechiflas entusiastas dentro del teatro).

PABLO: ¿Ves? ¡Van a seguir aplaudiendo hasta que Sofía quede totalmente desnuda!

VICTOR: *(Mirando hacia adentro con manifiesta intención de volver a entrar al teatro).* ¿Tú crees?

(Del teatro sale el Sargento Primero ayudando al Sargento Segundo, quien parece enfermo).

SARGENTO PRIMERO: ¡Animo, hombre! Un poco de aire te va a hacer bien.

SARGENTO SEGUNDO: *(Dolido).* ¡Ya te lo decía yo! Esto es mucho para mí, después de tanto tiempo sin ver a una mujer, este espectáculo es excesivo. Me falla el corazón... Me falta aire... Estoy viejo, Sargento. Más viejo de lo que yo creía.

VICTOR: *(Reparando en Elba y Daniel).* ¡Mira! ¡Ahí! ¿No es Elba?

PABLO: ¡Claro que es ella!

VICTOR: ¡Confraternizando con el enemigo!

PABLO: ¡La traidora!

VICTOR: Ya arreglaremos cuentas con ella. Entremos ahora. Veamos cuánta ropa le queda encima a Sofía.

(Mutis de Victor y Pablo).

SARGENTO PRIMERO: *(Reparando en Elba y Daniel).* ¡Mira! ¿No es ése Daniel?

SARGENTO SEGUNDO: ¡Que me muera aquí mismo si no es él!

SARGENTO PRIMERO: Confraternizando con el enemigo.

SARGENTO SEGUNDO: ¡El traidor!

SARGENTO PRIMERO: Demos cuenta de inmediato a la superioridad.

SARGENTO SEGUNDO: Después... Ya me siento mejor... Creo que puedo echar otra mirada allá dentro. Vamos.

(Mutis de los dos Sargentos).

ELBA: Mauricio...

DANIEL: Me llamo Daniel... Se lo dije...

ELBA: Perdón... por un momento... *(Desde el teatro se oyen aplausos y silbidos —Elba se levanta).* Ya está por terminar la función. Váyase. No deben verlo conmigo.

DANIEL: ¿Prohibido confraternizar?

ELBA: Prohibido confraternizar.

(Ambos se saludan con un movimiento de la mano y mutis apresuradamente en opuesta dirección, se redoblan los aplausos, gritos y silbidos en el interior del teatro).

TELON

FIN DEL SEGUNDO ACTO

ACTO 111

La posada.

Es el día siguiente. Faltan dos horas para que comience el espectáculo. No obstante las sillas para los espectadores aún no están arregladas y se encuentran, en gran parte, arrumbadas unas sobre otras en un costado. Las mesas, salvo una o dos, han sido retiradas. La cortina de la puerta de los comedores está adornada con guirnaldas y dibujos. Donde antes decía "comedores" ahora se ha pegado un cartel que dice "Teatro Ojojo". Todos los miembros del grupo vestirán, en este cuadro, sus vestidos de teatro y llevarán el maquillaje correspondiente.

Al iniciarse la acción, Hilda se encuentra depilándose las piernas y, junto a ella, Sofia con un espejo de mano da los últimos toques a su maquillaje. En otro lugar, Alex, vestido de smoking, trata de domar su atuendo sin ningún resultado.

ALEX: ¡No puedo más! ¡No aguanto este disfraz!

SOFIA: *(Sin dejar de maquillarse)*. No es un disfraz. Es un smoking.

ALEX: ¿Y qué es un smoking, sino un disfraz? ¡Disfraz de aristócratas, disfraz de burgueses! ¿Por qué? ¿Por qué tenía que tocarme a mí?

HILDA: El único que había, era de tu talla.

ALEX: Me siento un traidor. Un traidor a mi clase.

SOFIA: Te ves ridículo. Eso es lo que importa para el espectáculo.

(Por los comedores, ahora escenario, entran Lina, Pablo y Simón. Este último vestido y maquillado de payaso).

LINA: *(Continuando la conversación iniciada anteriormente)*. ¡Sensacional! ¡Estuvo sensacional! ¡El teatro casi se vino abajo!

SOFIA: ¿Con qué?

LINA: Con el número de payasos de Simón y Antón.

SOFIA: Conmigo se vino el teatro abajo.

PABLO: No puede negarse tampoco que mi número de ilusionismo gustó. Es fino... efectivo...

SIMON: ¿Pero por qué nos dieron tan poco de comer? Con las entradas teníamos para hartarnos, por una semana, al menos. Yo no digo que el almuerzo estuvo malo, pero pudo ser mejor.

ANTON: *(Que baja por la escala también vestido de payaso y alcanza a otra a Simón)*. Tenemos que hacer provisiones. No sabemos cuánto nos va a durar la gallina de los huevos de oro.

SIMON: ¡Déjate de payasadas!

ALEX: *(Indicando la corbata de su smoking)*. ¿Podría decirme alguien qué se hace con esto?

PABLO: *(Acercándose a ayudarlo)*. Déjame a mí.

LINA: ¿Y dónde están los demás? Tenemos reunión. ¿No es cierto?

ANTON: Víctor le está ayudando a Natalia a vestirse.

HILDA: ¡Para lo que tiene que vestirse!

PABLO: Vamos a tratar lo de Elba, ¿verdad?

SOFIA: Así dicen.

ANTON: Creo que estamos haciendo una tempestad en un vaso de agua . . .

PABLO: Víctor y yo la vimos con nuestros propios ojos.

ANTON: ¿En qué la vieron?

PABLO: ¡Con-fra-ter-ni-zan-do!

SOFIA: *(Terriblemente disgustada)*. ¡Increíble!

(Victor y Natalia bajan por la escala. Natalia lleva el vestido que antes habíamos visto en el maniquí. El problema de la exhibición del ombligo ha sido solucionado con una gran piedra semejante a un brillante, que lo cubre).

ALEX: ¡Ahí vienen Víctor y Natalia!

NATALIA: Perdón por el atraso, pero nunca imaginé el tiempo que lleva a una artista, vestirse.

HILDA: Todas estábamos en lo mismo y no nos atrasamos.

NATALIA: Pero después de mi éxito de ayer. Una se debe a su público.

SOFIA: ¿De qué éxito me hablas?

NATALIA: Sí, tú también lo tuviste. Pero . . . ¿cómo? Mi número es más su-
gerente. ¿No oyeron cuando me gritaban: ¡quítate el brillante!

VICTOR: Lo del brillante fue una muy buena idea.

NATALIA: Pero es tan incómodo . . . A una le principia a picar y . . . ¡No se puede rascar! ¿Cómo?

SIMON: ¡No perdamos más tiempo, vamos a lo de Elba!

PABLO: Falta apenas una hora para que levantemos el telón.

ANTON: Bien. Se abre la sesión. ¿De qué se trata?

VICTOR: Cuéntales tú, Pablo.

PABLO: Bueno . . . que ayer cuando todos estábamos dedicados a esta pa-
triótica tarea, cuando nos estábamos sacrificando, cuando mi mujer te-
nía que estar . . . ¡bailando para las tropas! . . . pero pensando en cómo
podríamos servir nuestra causa, mientras todo esto sucedía . . . Elba es-
ta ahí, afuera con un soldado enemigo, conversando, fumando jun-
tos . . . hasta abrazados diría yo . . .

SOFIA: ¡Qué escándalo!

HILDA: ¡Indecente!

ANTON: Tal vez un soldado que la estaba molestando . . .

ALEX: *(Irónico)*. ¿Molestando?

LINA: Elba conocía perfectamente nuestra orden de no confraternizar.

ANTON: Bueno . . . la han encerrado en su pieza. Matilde la está vigilan-
do . . . ¿Qué más quieren?

VICTOR: Eso es por el momento . . . Tenemos que tomar un acuerdo defi-
nitivo.

(Por el escenario aparece Sergio. No baja de él y queda escuchando divertido).

ANTON: ¿Convertirnos en jueces?

ALEX: ¿Por qué no?

ANTON: ¿Quiénes? ¿El Concejo Municipal?

HILDA: No. Todos nosotros.

ANTON: ¡Nosotros! Nosotros no somos nadie, no tenemos jurisdicción . . .

NATALIA: ¡La Resistencia! ¡Eso es lo que somos! ¡Las fuerzas de la Resistencia!

PABLO: Eso tiene más autoridad que el Concejo Municipal.

ANTON: Pero es irregular.

SIMON: La guerra es irregular también, Antón. Y aquí estamos: metidos en ella.

SERGIO: (*Bajando del escenario*). ¿Un juicio? ¡Me parece una idea fascinante!

ANTON: No tienes por qué meterte en esto, Sergio.

HILDA: El también pertenece a las Fuerzas de la Resistencia.

VICTOR: Pero no es del pueblo...

SERGIO: ¿Y saben Uds. cómo se hace un juicio?

ALEX: No debe ser tan difícil...

SERGIO: ¿Tienen togas?

SOFIA: ¿Togas? ¿Para qué?

SERGIO: Un juez sin toga es como un general en calzoncillos. ¿Cuándo has visto a un general en calzoncillos?

SOFIA: Todavía no.

PABLO: ¿Podrían servir las cortinas negras que uso en mi número de ilusionismo?

SERGIO: Tráelas.

(*Pablo hace mutis por el escenario*).

ANTON: Esto es ridículo.

SERGIO: (*Tomando el espejo de mano de Sofía*). Mírese, Antón. Mírese su cara. ¿No se ve ridículo? (*Pausa*). ¡Claro que sí! Pero no nos hemos pintado las caras porque nos guste, sino para servir un fin superior. (*A los demás*). ¿Es o no es así?

(*Murmullos y frases de aprobación del grupo*).

PABLO: (*Entrando con las cortinas negras*). Son tres. ¿Es suficiente?

SERGIO: Eso quiere decir que los jueces serán tres. ¿Quiénes?

VICTOR: A mí me gustaría...

SERGIO: (*Pasa una cortina a Victor*). Tú también, Simón. Tienes cara de juez.

SIMON: (*Recibiendo su cortina negra*). ¿Yo?

SERGIO: El tercero debiera ser una mujer.

SOFIA: Conmigo no cuenten.

SERGIO: Tú, Lina. Eres la más indicada.

LINA: (*Recibiendo la cortina negra*). ¿Y qué hacemos con esto?

SERGIO: Se cubren con ellas como símbolo de la dignidad de sus magistraturas.

ALEX: ¿Y nosotros? ¿Qué vamos a hacer nosotros?

SERGIO: Ustedes serán los testigos, los acusadores, los jurados. ¡Todo lo demás!

PABLO: Nos estamos atrasando.

SERGIO: (*Acercándose a la escala y gritando hacia arriba*). ¡Matilde! ¡Trae a Elba!

(Sergio toma una silla y sube al escenario).

Alex, corre el telón.

(Alex lo hace. Sergio coloca una silla en medio del escenario que tiene puesto un telón burdamente pintado. Víctor, Simón y Lina se han puesto sus togas como mejor han podido y tratan de adoptar un aire de dignidad que se contradice con sus caras pintarrajeadas.

Baja Matilde, también vestida para la función seguida de Elba que mira extrañada).

SERGIO: ¡Elba! Sube aquí. Esta es tu silla.

(Elba sube y se sienta en la silla, mientras Sergio baja).

SIMON: ¿Y nosotros los jueces? ¿Dónde nos sentamos?

HILDA: ¡A la escala!

(Excepto Antón y Sergio, todos repiten desordenadamente: ¡A la escala! Víctor, Simón y Lina suben por la escala y se sientan en distintos escalones. Elba, que ha estado mirando atónita, de pronto se lanza a reír).

ALEX: ¿Qué? ¿Qué le pasa?

MATILDE: ¡Se ha vuelto local!

NATALIA: ¡Se ríe! ¡Se ríe de nosotros!

PABLO: ¡Desacato! ¡Desacato!

ELBA: ¿Tío? ¿Eres tú, tío Antón? (Antón se vuelve confundido). ¿Y qué es eso que le brilla a la señora Natalia?

SERGIO: Mejor que te calles, Elba.

ELBA: Es que es tan gracioso. Nunca me lo habría imaginado. (Reparando en los que están en la escala). ¿Y esos? ¿Por qué están de negro?

SERGIO: Son los jueces.

ELBA: ¿Jueces? Pero si son... (Se interrumpe. Ha advertido la situación en que se encuentra). ¿A quién van a juzgar?

SERGIO: A ti.

(Se produce un silencio pesado. Elba se atemoriza).

ELBA: Es un juego ¿verdad? Como lo del teatro...

SERGIO: El teatro no es un juego.

ELBA: (Testaruda). Para mí lo es.

PABLO: ¡Pues ten cuidado de tomar este juicio como un juego! ¡Te puede pesar!

ELBA: ¿De qué se me acusa? ¿De no querer cantarle al enemigo?

NATALIA: ¡El enemigo! ¡Hay que ser cínica para decir "el enemigo"!

SERGIO: Pablo, tú hiciste la acusación. Debes repetirla a los jueces.

(Pablo se adelanta y se dirige a los jueces).

PABLO: ¡Ilustrísimas! Ayer, mientras todos nosotros nos dedicábamos a la patriótica labor en que estamos empeñados, he sorprendido a Elba sentada en un banco, en la calle, con un soldado... Y... ¡se callaban! ¡Se callaban juntos!

(Exclamaciones de horror de los demás).

SERGIO: (A Elba). ¿Es verdad?

EIBA: *(Como si recién reparara en un hecho significativo más por ella que para los demás)*. Es verdad... nos callábamos juntos. Hacía tanto tiempo que no me ocurría...

MATILDE: ¡Y lo dice como si tal cosa...!

LINA: ¿Qué te dijo el soldado?

ELBA: *(Desafiante)*. Que no le interesaba verlas a ustedes y sus bailes.

ALEX: ¿Y tú lo aprobaste?

ELBA: Por cierto.

VICTOR: ¡Eso es sabotaje! El soldado pudo venir al teatro y pagar su entrada con una botella de vino.

SOFIA: Si todos los soldados enemigos pensarán igual, estaríamos lucidos.

PABLO: ¡Y Elba lo aprobó! ¡Nos está saboteando!

SERGIO: ¿Qué más te dijo?

ELBA: Que el número de cuello de su camisa no guardaba relación con el largo de las mangas.

NATALIA: *(Escandalizada)*. ¡Hablaron de cosas íntimas!

HILDA: Eso ya es algo más que confraternizar...

SERGIO: ¿Qué más?

ELBA: Nada más. Sólo le cosí la manga que tenía descosida.

PABLO: ¡Ilustrísimas! Con esta declaración, el delito queda configurado.

SIMON: *(Que ha sacado de algún bolsillo una pierna de pollo y está comiendo)*. ¿Cómo dijo? ¿Cómo está el delito?

HILDA: ¡Simón! ¡Deja ese pollo! ¡La dignidad de tu cargo!

SIMON: ¡Bah! ¿De cuándo aquí los jueces no comen?

PABLO: Digo, Ilustrísimas, que después de las declaraciones de la acusada, no hay necesidad de proseguir el interrogatorio. Su traición es evidente.

ELBA: ¿Traición?

PABLO: ¿Y cómo lo llamarías tú, preciosa?

ELBA: No puedo... no puedo comprender... Ud. señorita Lina, Ud. fue mi profesora, me enseñó a... a respetarme a mí misma... Tú, tú, tío Antón me enseñaste a ayudar a los demás. Tú mismo me ayudaste a mí... ¿Por qué? ¿Por qué si ahora hago lo que me enseñaron, me juzgan así?

PABLO: ¿No puedes comprender que estamos en guerra?

ALEX: ¿Que perteneces a tu pueblo?

HILDA: ¡A tu patria!

ELBA: A mí misma.

ALEX: ¡Individualismo!

PABLO: ¡Total ausencia de sentido social!

MATILDE: ¡... y de sacrificio!

ANTON: ¡Elba! ¿Por qué eres tan testaruda? Aún es tiempo...

ELBA: ¿Tiempo para qué, tío Antón?

ANTON: Para unirte a nosotros.

(Elba mira el escenario y después mira uno a uno a los demás. Pareciera que dudara).

ELBA: (*Lentamente, primero para sí, luego in crescendo*). Pintarnos las caras juntos, disfrazarnos juntos, desvestirnos juntos, comer juntos las provisiones del enemigo, beber juntos los licores del enemigo, fumar juntos los cigarrillos del enemigo, reírnos juntos, divertirnos juntos... y decir: "es un sacrificio que hacemos por la patria".

SOFIA: ¿No es eso, acaso?

ELBA: (*Gritando*). ¡No!

(*Se produce un momento de incómodo silencio*).

PABLO: Bien. No hay necesidad de proseguir. Todo está dicho.

MATILDE: Perdió su última oportunidad.

ALEX: Que los jueces dicten sentencia... ¡y rápido!

(*Entran los dos Sargentos. Llevan sendos paquetes*).

SARGENTO PRIMERO: ¿Llegamos muy temprano?

SARGENTO SEGUNDO: ¡Ahora traemos nuestras entradas! (*Muestran los paquetes*).

ANTON: Aún falta media hora para que empiece el espectáculo...

SARGENTO: Es que esta vez no nos queremos perder nada.

SERGIO: La empresa ruega a los señores sargentos que esperen afuera.

HILDA: El público debe ver a las artistas sólo en el escenario.

SARGENTO 1º: (*Reparando en Elba*). ¡Mira! ¡A ésa no la vimos ayer!

SARGENTO 2º: ¿No te decía que había que llegar temprano? Lo mejor estaba al principio.

SARGENTO 1º: ¿Pero no es la muchacha que estaba en el banco con Daniel?

SARGENTO 2º: ¡Cierto!

PABLO: Señores, sírvanse esperar afuera que comience la función.

(*Los encamina hasta la puerta*).

SARGENTO 1º: ¡Pobre Daniel!

PABLO: ¿Por qué? ¿Qué le hicieron?

SARGENTO 2º: Tuvimos que dar cuenta a la Superioridad de que estaba confraternizando con el enemigo.

PABLO: ¿Y?

SARGENTO 1º: ¡Detenido e incomunicado!

PABLO: ¿Nada más?

(*Los demás se han ido acercando a escuchar la conversación*).

SARGENTO 2º: Eso, por ahora...

PABLO: ¿Y después?

SARGENTO 1º: Todo depende como nos vaya en la guerra. Si perdemos...

ALEX: Si pierden... ¿qué le va a pasar?

SARGENTO 1º: (*Hace un gesto de cortar el cuello*). ¡No tiene salvación!

MATILDE: ¿Y si ganan la guerra?

SARGENTO 2º: ¡Ahí se salva! ¿Quién se va a atrever a justiciar a un compañero después de la victoria?

SARGENTO 1º: ¡El triunfo lo borra todo!

SERGIO: Una solución justa...

SARGENTO 1º: ¿Media hora más dijeron? Iremos a dar una vuelta pero nos reservan la primera fila. ¿De acuerdo?

PABLO: Descuiden. La primera fila.

(*Los sargentos saludan con la mano en la visera y hacen mutis*).

ANTON: Entonces si ganamos, nada le sucede a Elba.

ALEX: Pero si perdemos... (*Repite el gesto del sargento*).

SIMON: Mientras tanto, detenida e incomunicada.

LINA: ¿Oíste bien. Elba?

ELBA: ¡Pobre muchacho! Yo tengo la culpa.

PABLO: Matilde, vuelve a encerrar a Elba en su pieza.

(*Matilde y Elba hacen mutis por la escala*).

NATALIA: ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!

VICTOR: ¿Qué te pasa?

HILDA: ¿Qué sucede?

NATALIA: Me pica... me pica... me pica y no me puedo rascar. (*Camina haciendo contorsiones. Los demás la siguen expectantes*). Ya... ya pasó.

SERGIO: ¡Faltan veinte minutos! ¡Sólo veinte minutos!

ALEX: (*Tomando unas sillas*). Hay que ordenar las sillas.

SOFIA: Tengo que revisar mi maquillaje. (*Mutis por el escenario*).

PABLO: Organicémonos. Esta no es una fiesta. Es un sacrificio para todos nosotros.

LINA: (*Arreglando febrilmente las sillas igual que los demás*). ¡Eso es, un sacrificio!

NATALIA: (*Igual*). ¡Doloroso!

VICTOR: (*Igual*). ¡Patriótico!

HILDA: (*Igual*). ¡Supremo!

SIMON: (*Deteniéndose*). ¿Quién...? ¿Quién va a recibir las entradas hoy día?

(*Todos se detienen bruscamente*).

Apagón.

A C T O I I I

CUADRO II

La posada.

Han transcurrido dos meses.

Hay adornos y afiches nuevos en los costados del escenario. Uno de ellos dice: "Próximamente gran velada de gala celebrando las cien funciones". En una mesa, Simón come y Víctor bebe. Hay platos y botellas vacías que indican que la cena ha sido opípara.

En otro lado, Lina, Sofía, Matilde, Hilda y Natalia comentan formando grupo. Hay en ellas una actitud regalada, de ocio que podría producir una asociación visual con el de un grupo de ramerías esperando a clientes en el burdel.

En el centro, Alex arregla un aparato receptor y transmisor de radio.

HILDA: El número que estrené ayer gustó muchísimo. Mucho más que todos los anteriores. Después de la función, mi sargento vino a felicitar-me. Lo encontró sensacional.

- SOFIA: (*Despectiva*). ¡Gusto de sargento!
- HILDA: Es un hombre instruido. Antes de entrar al Ejército trabajaba en la Universidad. Era ayudante de contador o algo así...
- LINA: ¿Y ese anillo, Sofia? No te lo conocía.
- SOFIA: Era de la madre del General. ¡El pobre! Está chiflado por mí.
- NATALIA: Es un viejo verde tu general. La juventud es lo que cuenta.
- MATILDE: ¿Lo dices por tu teniente?
- HILDA: ¡Podrías ser la madre de él!
- NATALIA: Pero no lo soy. Esa es la gran diferencia.
- SOFIA: Alex... ¿Alcanzaste a transmitir a nuestro comando las noticias que me dio ayer el General?
- LINA: ¿Por qué las tuyas? Todas dimos noticias importantes.
- ALEX: Todo se alcanzó a comunicar antes que este maldito receptor se echara a perder con el golpe del corcho del champaña.
- VICTOR: (*Despertando sobresaltado de su modorra*). ¿Champaña? ¿Champaña? ¿Queda más champaña? Yo... Yo descorcho. Soy especialista en el descorche.
- ALEX: Está bien, pero la próxima vez no apuntes al transmisor.
- NATALIA: Este cacharro ha funcionado lo más bien durante un mes y se viene a echar a perder en el momento más importante.
- ALEX: ¿Cacharro? ¿Pero es que no se dan cuenta de mi mérito? ¡Lo armé con piezas sueltas que traían los otros para pagar la entrada!
- MATILDE: Mientras el enemigo lo desarmaba allá, Alex lo armaba aquí.
(*Entran por el escenario Pablo y Antón. Pablo lleva un lápiz y papeles en sus manos*).
- SOFIA: ¿Y ustedes? ¿De dónde vienen?
- PABLO: Estábamos revisando las bodegas.
- ANTON: Están disminuyendo nuestros ingresos notablemente.
- PABLO: En la función de anoche hicimos dos latas de sardinas, tres panes, un llavero de oro, un fusil-ametralladora y ochenta y cinco vales.
- MATILDE: ¿Quién creen Uds. consiguió que un soldado entregara su fusil-ametralladora? Yo, una simple mujer del pueblo.
- ANTON: Bien. Parece que hemos cumplido nuestros propósitos. El enemigo está totalmente arruinado. No le quedan provisiones.
- SIMON: (*Separando por primera vez la vista del plato*). Supongo que habrán pedido reabastecimiento.
- LINA: Difícil...
- SIMON: ¿Por qué? ¿No podríamos prestarle la radio para que pidieran nuevos envíos?
- ALEX: La ruta de abastecimiento está cortada.
- SIMON: ¿Cómo? ¿Qué significa eso?
- ALEX: Tu mujer logró descubrir cuál era la ruta y ya dimos cuenta a nuestro comando.
- SIMON: ¡Tenía que ser mi mujer!
- HILDA: Debieras estar orgulloso...

SIMON: (*A Alex*). ¿Y tú? ¿Quién te ordenó transmitir eso? Exijo de inmediato una reunión del Concejo Municipal para tratar una ordenanza de censura a las noticias que se le envían a nuestro Comando. ¡Nos estamos perjudicando!

PABLO: Dejemos eso, por ahora. Lo importante es determinar si seguimos haciendo funciones o no.

NATALIA: ¿Y por qué la habríamos de suspender?

PABLO: No tienen con qué pagar.

SOFIA: Nosotras no trabajamos por dinero.

LINA: ¿No podríamos hacer algo así como una función de beneficencia?

ANTON: ¿De beneficencia? ¿Para quién?

LINA: En beneficio de ellos. ¿No dicen que están tan pobres?

MATILDE: ¡Eso!

ANTON: ¿Están locas? ¡Son el enemigo!

NATALIA: ¿Quién piensa en eso, ahora?

(*Entra el Sargento y se cuadra militarmente frente a Antón*).

HILDA: ¡Mi sargento! (*Le hace señas con la mano*). ¡Uju!

(*El Sargento en su posición firme hace también un disimulado gesto a Hilda a la vez que le guiña un ojo*).

ANTON: ¿Qué hay?

SARGENTO 1º: Traigo un recado del General de las Fuerzas Invasoras.

SOFIA: ¿Para mí?

SARGENTO 1º: No. Para el Alcalde.

ANTON: Diga.

SARGENTO 1º: Dice el General que, por favor, le presten diez panes, una pierna de jamón y dos botellas de vino. Son para el almuerzo de su Comando.

SIMON: (*Levantándose indignado*). ¡Una pierna de jamón! ¿Ha dicho una pierna de jamón? ¿Cómo se atreve...?

VICTOR: (*Desde su mesa*). El vino no... se va a cabar... el vino no.

(*Por la escala baja Sergio. Al ver al Sargento se detiene y escucha*).

SARGENTO 1º: En caso que no lo presten, el General dice que hará confiscar todas las provisiones que tienen almacenadas, aquí.

ANTON: ¿Confiscar?

SARGENTO 1º: Eso es.

SERGIO: (*Bajando*). Dígale a su General que, por esta vez, le vamos a prestar lo que nos pide, pero que la próxima vez que use la palabra confiscación, cerramos el teatro y nos llevamos a nuestras mujeres.

SARGENTO 1º: No es para tanto...

SERGIO: Hilda, acompaña al Sargento a la bodega y que firme un vale por lo que retira. (*En voz más baja*). Y trata de recordarle lo que se van a perder, si continúan con sus amenazas.

SIMON: ¡No! ¡Me opongo!

LINA: (*Acercándose a Simón*). Deja que Hilda lo acompañe. Recuerda que antes que marido, eres un patriota. No te opongas a que vaya Hilda.

SIMON: ¡Que vaya donde quiera! Pero que no entregue el jamón...

HILDA: ¿Me acompaña, Sargento?

SARGENTO 1º: Encantado. (*Inician el mutis al interior*).

SIMON: ¡Hilda! (*Hilda y el Sargento se detienen en la puerta*). Uno... uno chico... no de los grandes...

HILDA: Descuida... Me acordaré de ti en la bodega.

ALEX: (*Con los audífonos puestos, ha logrado por fin, arreglar el aparato de radio*). ¡Shit! ¡Silencio! ¡Ya está funcionando de nuevo! ¡Hay noticias importantes!

(*Todos, con excepción de Sergio, se agrupan en torno de Alex. Este escucha atentamente y va haciendo una síntesis de las noticias*).

ALEX: (*Sigue...*). En estos momentos están atacando el depósito de armas nucleares... Descubrieron su ubicación por una heroica labor de espionaje...

SOFIA: ¡Yo!... ¡Fui yo!

ALEX: ... A la vez, están atacando la retaguardia del enemigo que está al descubierto...

LINA: ¡Ese dato es mío! (*Al resto de las mujeres*). ¿Dónde se lleva la condecoración? ¿Al izquierdo o al derecho?

NATALIA: ¿No dicen nada del recado que envíe yo?

ALEX: ¡Es la batalla final! ¡Dicen que es la batalla final!

SIMON: ¡Que se los coman! ¡Que se los coman vivos!

ALEX: ¡Silencio! ¡Silencio! (*Un momento de expectante silencio*) Se rindieron... El enemigo se rindió... Es noticia oficial. (*Se saca los audífonos*). Ganamos la guerra.

(*Se produce un momento de desconcierto y silencio, de pronto todos prorrumpen en gritos de júbilo, se abrazan, gritan, inician una especie de baile*).

VICTOR: (*En medio de la batahola general*). ¡La victoria hay que celebrarla! (*Descorcha una botella de champaña*).

ANTON: ¡Atención! ¡Atención! ¡Orden!

(*Se logra hacer cierto orden. Hay quienes se han subido a las mesas*).

ANTON: Señoras... señores... Unámonos en el espíritu a nuestros valientes muchachos que lograron la victoria tan anhelada. Vibremos todos con los inmortales versos de nuestro Himno Nacional.

(*En patriótica unción todos cantan el himno, con excepción de Sergio quien, de pie junto a la barra del bar bebe y mira a los otros con evidente ironía*).

TODOS: Por la patria ofrendamos la vida,
la vida, el alma y el bienestar.

Nos negamos a nosotros mismos
en aras de la sociedad
en aras de la sociedad.

Si nos pide la vida... ¡la damos!
si reclama el honor... ¡ahí está!

Todo, todo lo sacrificamos
en aras de la sociedad
en aras de la sociedad.

(Por el escenario entran apresuradamente Hilda y el Sargento. El primero arrojándose sus ropas).

HILDA: ¿Qué ha sucedido? ¿Por qué cantan el Himno Nacional?

ANTON: ¡Ganamos la guerra!

HILDA: (Eufórica, abrazando al Sargento). ¡Ganamos la guerra! (Se da cuenta del contrasentido y se separa). Perdón... Quiero decir... lo siento mucho.

SARGENTO 1º: ¡Pero si yo siempre estuve del lado de Uds.! ¿O no, me van a decir, ahora?

PABLO: La guerra ha terminado. Ya no hay enemigo.

HILDA: (Tiernamente al Sargento). Nada nos separa ahora...

ANTON: ¡Y tampoco hay traidores!

LINA: ¡Hay que liberar a Elba!

MATILDE: ¡Eso es! Si ganamos la guerra, Elba no tiene nada que temer.

ANTON: Yo iré. Déjenme a mí.

(Mutis de Antón por la escala).

ALEX: Oigamos más noticias. (Se pone los audifonos, pero pronto su rostro denota decepción). No se oye nada. Se echó a perder de nuevo este cacharro. (Mira el aparato y extrae de él un corcho de champaña). ¿Victor? ¿Ya disparaste otro corcho contra la radio?

VICTOR: Yo sólo quería celebrar... era de rigor... ¡La victoria hay que celebrarla con champaña!

ALEX: Sí. Aprovecha. Quizás cuánto pasará antes que le sientas el olor al alcohol.

VICTOR: ¿Cómo? ¿Por qué?

ALEX: (Sombrio). Vendrá el racionamiento.

SIMON: ¿De nuevo? ¿De nuevo voy a pasar hambre?

PABLO: (Apagando cuidadosamente el cigarrillo que fuma). Será mejor empezar a economizar cigarrillos.

ALEX: ¡Y yo mejor que me olvide de estos aparatos importados. Tendré que volver a acostumbrarme a mi viejo torno.

VICTOR: Tal vez, tal vez fue un error...

PABLO: ¿Qué?

VICTOR: No debimos haber enviado todas esas noticias juntas. Así la guerra podría haber durado un poquito más.

SIMON: No era tan malo, después de todo. Nos divertíamos... comíamos...

NATALIA: (Prorrumpiendo a llorar desconsoladamente). ¡Y ahora! ¡Y ahora qué voy a hacer!

PABLO: ¿Qué le pasa a Natalia?

NATALIA: Es que estoy... estoy... un poquito embarazada...

VICTOR: ¿Cómo?

NATALIA: ¡Pero es muy poquito! ¡Te lo prometo!

(Simón que no ha entendido bien hace ademán de felicitar a Víctor. Este lo rechaza indignado).

VICTOR: ¡Somos unos desgraciados!

LINA: ¡No! ¡Somos héroes! No debemos olvidarnos nunca de eso. ¡Somos héroes!

SERGIO: (Desde su posición junto a la barra del bar. Esta algo bebido. Habla como para sí). Yo no estoy tan seguro. . .

LINA: ¿Cómo puedes decir eso, Sergio? Tú fuiste el de la idea.

SERGIO: Si llegan a saber lo que aquí ha pasado. . .

LINA: Sí. Lo sabrán. Quedará inscrito en las páginas más gloriosas de nuestra historia. Los profesores enseñarán nuestra gesta, vendrán los niños en peregrinación a conocer este lugar.

SERGIO: ¿Y que dirá la historia? No creo que el asunto sea recomendable para menores.

LINA: Dirá que realizamos una labor de espionaje que permitió obtener la victoria. Dirá que, nosotras, las mujeres, sacrificamos nuestra virtud. Natalia, la violada. Hilda, la ultrajada. Sofia, la desnudada; Matilde, la campesina subyugada y yo, que pese a los embates, permanecí virgen.

HILDA: ¡Qué gracia!

SIMON: ¿Y de nosotros? ¿Qué dirá la historia de nosotros?

LINA: Que cumplísteis con la promesa repetida en nuestro Himno Nacional. La patria os pidió vuestro honor y Uds. dijeron a coro. . . ¡Ahí está!

SERGIO: Podría ser. . . Pero también podría ser que la historia dijera la verdad. . . la pura y simple verdad.

LINA: Si la verdad fuera otra querría decir que Uds. los hombres son unos. . . y nosotras las mujeres. . .

PABLO: (Después de una pausa). No hay alternativa posible. Estamos obligados a ser héroes. . .

LINA: A no ser que Sergio nos traicione. . .

SERGIO: ¿Yo? Yo también quiero pasar a la historia. ¡Soy el ideólogo de la Resistencia!

SOFIA: ¿Y Elba?

MATILDE: ¡Elba lo va a echar todo a perder!

ALEX: No le creerán.

HILDA: Hará que duden. Quizás investigarán.

VICTOR: No podemos confiar en Elba.

NATALIA: Nunca nos comprendió, menos va a comprendernos ahora.

PABLO: Hagamos las cosas en regla. Seamos justos.

LINA: ¿Cómo?

PABLO: Está pendiente el juicio que le hicimos. Dictemos sentencia ahora mismo.

ALEX: Démosnos tiempo. No hay apuro.

PABLO: Sí. Lo hay. Después que se firme el armisticio, no pueden haber tribunales de guerra. Ahora o nunca.

HILDA: ¿Pero que sacamos? Salvo que... *(Se detiene)*.

SIMON: ¿Qué ibas a decir?

HILDA: Pablo... ¿Cuál será la sentencia?

PABLO: Haremos justicia.

HILDA: Pero... ¿Cómo?

PABLO: Si nosotros somos héroes y Elba nos traicionó a nosotros, la sentencia necesariamente tendrá que ser...

LINA: *(Interrumpiendo)*. No lo digas. Tenemos que llegar a eso libremente.

MATILDE: ¿La vamos a... ¡matar!?

(Todos la miran sin contestar).

PABLO: Vamos a la bodega. Busquemos las togas. Todo tiene que ser en regla.

(Todos, excepto Sergio, se dirigen hacia el escenario. Antón baja por la escala).

ANTON: Elba ya bajó. No quería creer... ¡Pobre muchacha!

(Repara que todos lo miran seriamente).

¿Qué sucede? ¿Alguna mala noticia?

PABLO: Te esperábamos Antón. Queremos que tú nos presidas. Que sigas siendo nuestro Alcalde hasta el término de tus días. Que seas aclamado como el jefe de nosotros, los héroes.

ANTON: ¿Alcalde vitalicio? ¿Eso han decidido?... *(Emocionado)*. Mis amigos... gracias...

PABLO: Algo hay que hacer aún.

ANTON: Estoy dispuesto a todo. Digan.

PABLO: Presidir el Tribunal.

ANTON: ¿Tribunal? ¿Para qué?

PABLO: La traición de Elba no puede quedar impune. Tenemos que decidir cuál será su castigo.

ANTON: ¡Si habíamos quedado...!

PABLO: No podemos correr riesgos con Elba, Antón. A nosotros no nos gusta hacerlo, pero se trata de ella o nosotros.

ANTON: Me parece que...

PABLO: Alcalde vitalicio... Jefe de la Resistencia... Todos los honores... Hasta que te mueras, Antón.

ANTON: ¿Y si me niego?

PABLO: Ya te lo dije: es ella o nosotros. De todas maneras dictaremos sentencia, pero los condenados podrían ser dos.

(Antón vacila un momento. Hay un momento de expectación general).

ANTON: ¿Vitalicio? ¿Seguro?

PABLO: Todos te queremos, Antón.

ANTON: Vamos.

(El grupo, excepto Sergio y el sargento, inician el mutis hacia el escenario).

SARGENTO 1º: ¿Y yo? ¿Qué hago yo?

PABLO: Te quedas aquí vigilando a Elba.

(Sargento 1º se cuadra militarmente mientras los demás hacen mutis).

Sergio los mira marchar y, con gesto de desagrado, se dirige hacia la puerta de la posada. Entra Elba, desde la escala. Ve a Sergio).

ELBA: ¿Dónde vas Sergio?

SERGIO: Me voy. Para mí, el teatro terminó.

ELBA: Para todos, Sergio.

SERGIO: *(Volviéndose a Elba)*. ¿Para todos? *(Indicando hacia el interior)*. ¿Sabes lo que hacen allá dentro? ¡Se disfrazan de jueces! ¿Y sabes para qué? ¡Para sentenciarte!

ELBA: ¡No pueden hacerme nada! ¡La guerra terminó!

SERGIO: No, Elba. Siempre estamos en guerra. La necesitamos para tener una excusa que nos libere de la dura tarea de ser honrados.

Un día te hablarán de la patria, otro del partido, de la comunidad, de la justicia o de la familia... ¡Cualquiera palabra grande sirve para justificar nuestra miseria!

ELBA: *(Con ira)*. ¿Así tenía que terminar el juego que tú inventaste?

SERGIO: No es mía la culpa, si tú hubieras entrado en el juego...

ELBA: *(Terminando la frase)*... sería tan despreciable como ellos.

SERGIO: Eso lo sabes tú y por eso serás condenada. Ellos, en cambio, seguirán viviendo, serán héroes, les rendirán honores... *(Se oye una descarga de fusiles a lo lejos)*.

ELBA: ¿Qué fue eso?

SERGIO: Viene del cuartel enemigo. También ellos salvan su honor fusilando a sus traidores.

ELBA: ¿Daniel?

SERGIO: Seguramente. La gente como tú y Daniel, en todas las épocas y en todos los lugares, siempre terminan igual.

ELBA: ¿Y tú? ¿Por qué no estás con ellos?

SERGIO: Soy un cobarde. No me comprometo. Nunca seré héroe como ellos, ni nunca nadie me llamará traidor, como a ti.

(El sargento 1º descubre el telón. Aparece el grupo vestido con togas negras. Elba los mira. Avanza hacia ellos. Se detiene expectante).

ANTON: Que nuestro himno nacional nos inspire para que seamos justos.

(El sargento oír el himno nacional cuadrado y saludando militarmente).

LOS JUECES: *(Cantando)*.

Por la Patria ofrendamos la vida,
la vida, el alma y el bienestar.

Nos negamos a nosotros mismos,
en aras de la sociedad,
en aras de la sociedad.

Si nos pide la vida... ¡la damos!

Si reclama el honor... ¡ahí está!

Todo, todo lo sacrificamos,
en aras de la sociedad,
en aras de la sociedad.

SERGIO VODANOVIC: PERDON... ¡ESTAMOS EN GUERRA!

SERGIO: *(Canta desafinadamente, iniciando el mutis).*

Todo, todo lo sacrificamos,
en aras de la sociedad.

(Ya en la calle lanza un gran eructo. Hace mutis por un lateral, mientras repite más recitado que cantado).

¡En aras de la sociedad!

TELON FINAL

